

Juan Francisco Manzano

AUTOBIOGRAFÍA



DE UN ESCLAVO

Biblioteca Libre

OMEGALFA

2018

Ω

Juan Francisco Manzano
Autobiografía de un esclavo

Digitalización y maquetación:
Demófilo, diciembre de 2018.

Esta obra carece de condicionamientos comerciales.

*Libros Libres
para una Cultura Libre.*



Biblioteca Libre
OMEGALFA
Diciembre
2018
Ω

POCO sabemos de Juan Francisco Manzano, salvo lo que él mismo nos cuenta en su “autobiografía”, por otra parte incompleta ya que la segunda parte se perdió sin haberla publicado.

Debió nacer hacia 1797 y fue un esclavo cubano autodidacta. Versificaba con facilidad, y aprendió a leer y a escribir a escondidas, pues esto quedaba totalmente prohibido a los esclavos-.

Desde su adolescencia era conocido en su ambiente como versificador ingenioso. Teniendo ya Manzano más de treinta años, y gozando de cierta fama como poeta improvisador, fue invitado por el señor Domingo del Monte y un grupo de amigos abolicionistas a recitar algunos de sus versos. Quedaron impresionados ante aquel esclavo cuyas cualidades artísticas eran manifiestas, y decidieron comprar entre todos su libertad. En 1835 Domingo del Monte animó al poeta a escribir su autobiografía, cosa que éste llevó a cabo en el plazo de un año. Tras algunas correcciones realizadas por miembros del grupo abolicionista que promovía su libertad, el texto fue traducido al inglés y publicado en Londres.

La elaboración de la obra supuso para el autor un trabajo temerario, lleno de dificultades de orden práctica y política. No olvidemos que todavía Manzano era un esclavo. ¿Cuánto decir, cuánto omitir? ¿Hasta dónde aquellos hombres blancos, ricos, en apariencia tolerantes, eran capaces de oír y aceptar? Su autobiografía es un texto lleno de huecos protuberantes, elipsis conspicuas, entrelíneas prolijas.

La intención del grupo antiesclavista era conseguir un documento que mostrara al mundo los horrores de la esclavitud; pero con ello también quedaban retratados ellos mismos como vi-

llanos del relato, al ser poseedores de esclavos o dependientes de la economía esclavista.

En 1837 por fin pudo conseguir Manzano la ansiada libertad, que fue comprada por el importe de quinientos pesos.

El ambiente cubano no era propicio a la libre expresión de los esclavos, aunque hubieran adquirido la libertad. No tardó mucho nuestro escritor en ser acusado de participar en una conspiración antiesclavista, que le llevó a sufrir un año de cárcel. Salió al fin absuelto en 1845 pero su pluma enmudeció para siempre. No volvió a escribir más, consagrándose al trabajo de pastelero. En los últimos años de su vida fue ejerciendo diversos oficios humildes, muriendo prácticamente en la miseria, en 1853.

Su obra abarcó, además de poemas, que se publicaron en la prensa de la época, cierto número de cuentos, canciones de cuna e incluso una tragedia en cinco actos que lleva por título: *Zafira*.

Juan Francisco Manzano es hoy considerado como un “valioso” escritor cubano del siglo XIX.

Uno de los poemas que emocionaron a sus benefactores antiabolucionistas, al escucharlos de la propia voz del poeta, es el siguiente:

Mis Treinta Años

*Cuando miro el espacio que he corrido
desde la cuna hasta el presente día,
tiemblo y saludo a la fortuna mía
más de terror que de atención movido.*

*Sorpréndeme la lucha que he podido
sostener contra suerte tan impía,
si tal llamarse puede la porfía
de mi infelice ser al mal nacido.*

*Treinta años ha que conocí la tierra;
treinta años ha que en gemidor estado
triste infortunio por doquier me asalta;
Mas nada es para mí la cruda guerra
que en vano suspirar he soportado,
si la comparo, ¡oh Dios!, con lo que falta.*

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCLAVO

Juan Francisco Manzano

LASEÑORA Doña Beatriz de Justiz, Marquesa Justiz de Santa Ana, esposa del señor don Juan Manzano, cada vez que iba a su famosa hacienda El Molino gustaba de tomar las más bonitas criollas ¹ entre diez y once años. Las traía consigo, dándoles una educación conforme a su clase y condición. Así estaba siempre su casa llena de criadas instruidas en todo lo necesario para su servicio y de este modo no se hacía notar la falta de las tres o cuatro que no estuviesen aptas para el trabajo por sus años, dolencias o libertad. Entre las escogidas fue una María del Pilar Manzano, mi madre, que de la servidumbre de mano de la señora Marquesa Justiz en su mayor edad, era una de las criadas de distinción, de estimación, o de *razón*,² como quiera que se le llame.

Tenía también aquella señora por costumbre, después del esmero con que criaba a estas sus sirvientas, darles la libertad en donación y de equiparlas del todo como si fuesen hijas propias el día que se querían casar con algún artesano libre. No por eso

1 Término usado en la literatura de este período para designar al negro de ascendencia africana nacido en la isla.

2 En su manuscrito, Manzano subraya esta palabra, señalando de este modo, desde un principio, que nació de una madre esclava de facultades especiales: instrucción, entrenamiento. Estas facultades, no asociadas normalmente con los esclavos, ni con la educación que éstos recibían, moldean la vida del niño Juan Francisco, creando en su alma la noción ilusoria de poder superar su condición de esclavo por medio de sus aptitudes intelectuales o el uso del raciocinio.

perdían todo el favor y protección de la casa, haciéndose éstos extensivos hasta sus hijos y esposo, casos de los cuales hay muchos ejemplos que citar.

De este modo sucedía sin embargo, que los hijos de tales matrimonios no nacían en la casa, y siguiendo este orden y por diversos accidentes, se fue menoscabando el gran número de aquella florida servidumbre. Así vino a ser María del Pilar el todo al servicio de mano de la señora Marquesa. En este estado tuvo aquélla la suerte de ver casar a la señora Condesa de Buenavista y a la señora Marquesa de Prado Ameno, y por casualidad vino a criar al señor don Manuel de Cárdenas y Manzano. Pero no lo crió al pecho, pues habiendo enfermado su criandera³ la parda libre Catalina Monzón, le tocó a María del Pilar seguir la cría con todas las dificultades que se infieren en criar a un niño que deja un pecho y no quiere tomar otro.

Iba venciendo todos los obstáculos de la cría del señor don Manuel cuando nació el señor don Nicolás, su hermano, y cuando se verificó el matrimonio de Toribio de Castro con María del Pilar, a quienes debo el ser, saliendo a luz el año de..⁴

Como ya he dicho, no había nacido en la casa ninguno, y mi ama, la señora Marquesa de Justiz, ya señora de edad, me tomó como un género de entretenimiento. Dicen que más estaba yo en sus brazos que en los de mi madre, que, con todos los títulos de una criada de mano y medio criandera, había casado con el primer criado de la casa y dado a su señora un criollo que ella

3 Nodriz. Pichardo observa: “Así se denomina generalmente; pero no es la expresión más culta. (Esteban Rodríguez Herrera, ed., Pichardo novísimo, o *Diccionario casi razonado de voces y frases cubanas* [La Habana: Editorial Selecta, 1955] (de aquí en adelante, citamos el título abreviado: Pichardo novísimo).

4- Es interesante observar que Manzano no recuerda la fecha de su nacimiento, sobre todo en vista de que recuerda otras fechas y los detalles de muchísimos percances de su vida.

llamaba el niño de su vejez. Aún viven testigos de esta verdad. Crecí al lado de mi señora sin separarme de ella más que para dormir, pues ni al campo viajaba sin llevarme en la volante. Con diferencia de horas para unos, de días para otros, nací contemporáneo del señor don Miguel de Cárdenas y Manzano y del señor don Manuel O'Reilly, hoy Conde de Buenavista y Marqués Justiz de Santa Ana.

Ambas familias vivían en la grandísima y hermosísima casa contigua a La Machina.⁵ La casa estaba dividida sólo por algunas puertas que separaban los departamentos, pues eran tres grandes casas reunidas en una. Así sería ocioso pintar cuál andaría yo entre la tropa de nietos de mi señora. Me la pasaba travesando, mejor mirado de lo que merecía por los favores que me dispensaba mi señora, a quien yo también llamaba “mama mía.”

Cumplía yo ya seis años cuando, por ser demasiado vivo, más que todos, se me envió a la escuela en casa de mi madrina de bautismo, Trinidad de Zayas. Se me traía a las doce del día y por la tarde para que mi señora me viera, la cual se guardaba de salir hasta que yo viniese. De no ser así echaba yo la casa abajo, llorando y gritando, y era preciso en este caso apelar a la soba, a lo que nadie se atrevía. Todos se guardaban de dármele, pues ni mis padres se hallaban autorizados para ello, y yo que lo sabía, si tal cosa me hacían, los acusaba. Ocurrió una vez que, estando yo muy majadero, me sacudió mi padre, pero recio. Lo supo mi señora y fue lo bastante para que no lo quisiera ver en muchos días, hasta que, a instancias de su confesor, el padre Moya, religioso de San Francisco, le devolvió su gracia. Esto después de enseñarle a aquél los derechos de padre que conmigo le co-

5 Probablemente un lugar cerca del puerto de Matanzas donde estaba instalada una grúa del puerto. En su estudio preliminar “Juan Francisco Manzano, el poeta esclavo y su tiempo,” José Luciano Franco no ofrece más detalle que “la mansión señorial, situada cerca de la Machina” (Juan Francisco Manzano, cartas y versos de Juan Francisco Manzano [La Habana: Municipio de La Habana, 1937]. p. 20)

rrespondían como tal, y los que le correspondían a ella como ama, ocupando el lugar de madre.

A la edad de diez años daba yo de memoria los más largos sermones de Fray Luis de Granada, y el numeroso concurso que visitaba la casa en que nací me oía los domingos cuando venía de aprender a oír la Santa Misa con mi madrina. En la casa había misa, pero no se me permitía oírla allí, por el jugueteo y distracción con los otros muchachos.

Tenía ya diez años cuando, instruido en todo cuanto podía instruirme una mujer en asuntos de religión, daba todo el catecismo de memoria, así como casi todos los sermones de Fray Luis de Granada. Sabía además muchas relaciones, loas⁶ y entremeses, teoría regular y la colocación de las piezas. Me llevaron a la ópera francesa y vine remedando a algunos, por lo cual, aunque siempre era más por los sermones, mis padres recibían de mí la porción de galas que recogía en la sala.

Pasando por alto otros pormenores ocurridos durante los días que debía recibir el bautismo, me ceñiré únicamente a lo agradable, pues ahora voy corriendo por un jardín de bellísimas flores, *una serie de felicidades*.⁷ Me llevaron a la iglesia envuelto en el faldellín con que se bautizó la señora doña Beatriz de Cárdenas y Manzano y la ceremonia se celebró con arpa, que la tocaba mi padre, y con música de clarinete y flauta. Quiso mi señora marcar este día con una de sus rasgos de generosidad, y coartó⁸ a mis padres dejándolos en trescientos pesos por cada uno. Yo debí ser algo más feliz; pero pase.

Tenía yo siete u ocho años, cuando me preguntaban qué oficio tenía y no había uno que yo dijera que ignoraba. En esto parece

6 Piezas cortas que se representaban antes de la principal o solas.

7 El énfasis es de Manzano, pues parecía sentir la necesidad de explicar la imagen anterior “jardín de bellísimas flores.”

8 Coartar: “Fijar el precio del esclavo invariablemente para no poder exigir más por su venta o manumisión . . . (Pichardo novísimo).”

que leía yo los días que en el porvenir me esperaban.

En la carrera de mi vida llegaba ya el tiempo en que mi ama fuera desprendiéndose de mí para ponerme oficio, como en efecto se verificó. Teniendo yo como diez años se me puso a pupilo con mis padrinos, llevando ya las primeras lecciones de sastrería con mi padre.

Entonces viajaba con frecuencia la señora Marquesa Justiz a su hacienda el Molino. Mi madre se declaraba en extremo fecunda, pues ya tenía yo un hermano que me seguía y una hermana que murió del mal llamado Blasa⁹ y quien no sé por qué especie de gracia nació libre. (Mi padre se lamentaba de que las cosas hubieran ocurrido así; él estaba contento con sus dos hijos varones que estaban vivos, y total que los otros dos vientres se habían malogrado.) Mas aquella bondadosísima señora, fuente inagotable de gracias, le volvió a renovar un documento en que le ofrecí a la libertad del vientre, naciese lo que naciese. Y nacieron mellizos, varón y hembra. Hubo en esto unas diferencias, mas lo terminante del documento hizo que un tribunal diese la libertad a los dos, porque ambos formaron un vientre. La hembra vive aún. Con este motivo mis padres se quedaron en el Molino al cuidado de la casa.

En el período de estos acontecimientos la señora Marquesa Justiz murió en la misma hacienda. Todos sus hijos la asistieron hasta el último momento. Yo me hallaba a la sazón a pupilo en La Habana, pero se le envió una volante a la señora doña Joaquina Gutiérrez y Zayas, la que se presentó en casa de mi madrina y me pidió de parte de mi señora. Al momento se puso en camino conmigo para Matanzas, donde llegamos al segundo día como a la una de la tarde.

Esta época, por lo remota, no está bien fija en mi memoria. Sólo

9 No hemos podido identificar esa enfermedad. En el capítulo XV del libro de Fernando Ortiz, "Las enfermedades del esclavo rural," Los negros esclavos, no hay mención de ella.

me acuerdo de que mi madre, doña Joaquina, el padre y yo estuvimos en fila en su cuarto. Ella me tenía puesta la mano sobre un hombro. Mi madre y doña Joaquina lloraban. De lo que hablaban, no sé. Salimos de allí y yo me fui a jugar. Sólo me acuerdo de que a la mañana siguiente la vi tendida en una gran cama, que grité y que me llevaron al fondo de la casa, donde estaban las demás criadas enlutadas. En la noche toda la negrada de la hacienda sollozando rezó el rosario. Yo lloraba a mares y me separaron, entregándome a mi padre.

Pasados algunos días o algún tiempo, partimos para La Habana. La misma señora doña Joaquina me condujo a la casa de mi madrina, donde luego supe me había dejado mi señora.

Pasaron algunos años sin que yo viese a mis padres. Creo no equivocarme en decir que habría cinco años, pues me acuerdo de que había vivido mucho tiempo con mi madrina en la calle nueva del Cristo, y que ya cosía e iba a los ejercicios de juego con mi padrino, que era sargento primero de su batallón, Javier Calvo. Luego nos mudamos a la calle del Inquisidor, en el solar del señor Conde de O'Reilly, y vi el bautismo famoso del señor don Pedro O'Reilly a quien vi vestir mamelucos¹⁰ y andar solo por la casa. Todo esto ocurría sin yo saber si tenía amo o no. Ya yo vestía mi balandrán de carranclán de lista ancha y entraba y salía de la casa sin que nadie me pusiera obstáculos.

Tendría yo algo más de doce años cuando, deseosas de verme, algunas antiguas criadas de la casa hicieron instancias a mi madrina, logrando de ella que me mandase de visita a la casa de mi señora, la Marquesa de Prado Ameno. Fue verificado que un domingo me vistieron de blanco con mi balandrancito de carranclán y pantalones de borlón. Apenas llegué a la casa cuando todas me cargaron, otra me llevaba de la mano acá y allá enseñándome, hasta que me condujeron al cuarto de la señora di-

10 Especie de overol, “vestido enterizo que hacía de camisa y calzones anchos para los niños” (*Pichardo novísimo*).

ciéndole quién era yo. No sé decir lo que pasó; lo cierto es que al día siguiente me envió a buscar mi señora con un criado. Estuve jugando todo el día, mas a la noche, cuando me quería ir a casa de mi amada madrina, no se me llevó. Ella fue a buscarme y yo no fui, qué se yo por qué.

De allí a unos días me hicieron muchos mamelucos de listado cortos y alguna ropita blanca para cuando salía con la librea de paje. Para los días de gala usaba un vestido de pantalón ancho de grana, guarnecido de cordón de oro, chaquetilla sin cuello de raso azul marino, guarnecida de lo mismo, morreón de terciopelo negro galoneado, con plumaje rojo y la punta negra, dos argollitas de oro a la francesa y alfiler de diamante. Con esto y lo demás pronto olvidé mi antigua y recolecta vida. Los teatros, paseos, tertulias, bailes hasta el día y otras romerías me hacían la vida alegre y nada sentía haber dejado la casa de mi madrina, donde sólo rezaba, cosía con mi padrino y, los domingos, jugaba con algunos monifáticos,¹¹ pero siempre solo, hablando con ellos. A los pocos días tuve por allá a la misma doña Joaquina, que me trataba como a un niño. Ella me vestía, peinaba y cuidaba de que no me rozase con los otros negritos. De la misma mesa, como en el tiempo de la señora la Marquesa de Justiz, se me daba mi plato, que comía a los pies de mi señora la Marquesa de Prado Ameno. Toda esta época la pasaba yo lejos de mis padres.

Cuando yo tenía doce años ya había compuesto de memoria muchas décimas.¹² Por esta razón mis padrinos no querían que aprendiese a escribir. Yo, sin embargo, se las dictaba de me-

11 “Figura humana o de animales en pintura o de bulto mala y ridículamente hecha” (D. Esteban Pichardo, *Diccionario provincial casi-razonado de voces cubanas*, 3ª.ed. [La Habana: Imprenta y Librería Militar, 1862]) (de aquí en adelante, citamos el título abreviado: *Pichardo*).

12 Una combinación métrica de diez versos octosílabos, de los cuales, por regla general, rima el primero con el cuarto y el quinto; el segundo, con el tercero; el sexto, con el séptimo y el último; y el octavo, con el noveno.

moria, en particular a una joven morena llamada Serafina. Con estas cartas en décimas manteníamos una correspondencia amorosa.

Desde mis doce años doy un salto hasta la edad de catorce. Paso por alto algunos pasajes en los que se verificaría lo inestable de mi fortuna. Se habrá notado en la relación ya dicha que las épocas no están bien fijadas, ya que era yo demasiado tierno y sólo conservo unas ideas vagas. Como veremos, la verdadera historia de mi vida no comienza sino a partir de 1809,¹³ en que empezó la fortuna a desplegarse contra mí hasta el grado de mayor encarnizamiento.

Por la más leve maldad de muchacho me encerraban por veinticuatro horas en una carbonera sin tablas y sin nada con que taparme. Yo era en extremo medroso y me gustaba comer. Como se puede ver todavía, para distinguir un objeto en mi cárcel, en lo más claro del mediodía, se necesitaba una buena vela. Aquí, después de sufrir recios azotes, era encerrado con orden y pena de gran castigo al que me diese siquiera una gota de agua. Tanto se temía en esta casa a tal orden, que nadie, absolutamente nadie, se atrevía, aunque hubiera coyuntura, a darme ni un comino. Lo que en esa cárcel sufrí aquejado del hambre y la sed, y atormentado del miedo.

Era un lugar tan soturno como apartado de la casa, en un traspatio junto a una caballeriza y junto a unapestoso y evaporante basurero, contiguo a un lugar común tan infestado como húmedo y siempre pestífero, separado de él sólo por unas paredes, todas agujereadas, guarida de deformes ratas que sin cesar me pasaban por encima. Yo que tenía la cabeza llena de cuentos de cosas malas de otros tiempos, de las almas aparecidas aquí de la otra vida, y de los encantamientos de los muertos, cuando salía un tropel de ratas haciendo ruido me parecía que estaba aquel

13 La edición de Franco dice “189.” Pero, si calculamos a base de lo que más adelante afirma Manzano: “la amarga vida que he traído desde los trece o catorce años,” deberá ser 1809 o 1810.

sótano lleno de fantasmas.

Yo daba tantos gritos pidiendo misericordia que se me sacaba, pero se me atormentaba de nuevo con tanto fuerte ¹⁴ hasta más no poder y se me encerraba otra vez, guardando la llave en el cuarto mismo de la señora. En dos ocasiones se distinguió la piedad del señor don Nicolás y de sus hermanos; por la noche me introdujeron un poco de pan bizcocho por una rendija o abertura de la puerta, y con una cafetera de pico largo me dieron un poco de agua.

Esta penitencia era tan frecuente que no pasaba una semana en que no sufriese de este género de castigo dos o tres veces. En el campo tenía siempre igual martirio. Yo he atribuido mi pequeñez de estatura y la debilidad de mi naturaleza a la amarga vida que he traído desde los trece o catorce años. Siempre flaco, débil y extenuado llevaba continuamente en mi semblante la palidez de un convaleciente con tamañas ojeras.

No es de extrañar que, siempre hambriento, me comiese cuanto hallaba, razón por la que se me miraba como el más glotón. Tan era así, que, como no tenía hora segura para comer, comía a dos carrillos y me tragaba la comida casi entera, de lo que me resultaban frecuentes indigestiones. Estas me obligaban a ir a hacer ciertas necesidades con frecuencia. Todo esto me hacía acreedor de otros castigos. Mis delitos comunes eran: no oír la primera vez que me llamasen y dejar de oír una palabra cuando se me daba un recado.

Como llevaba una vida tan angustiada, sufriendo casi diariamente rompeduras de narices hasta echar por ambos conductos dos caños de sangre; rompedura sobre rompedura, en cuanto me llamaban me entraba un temblor tan grande que apenas podía tenerme sobre mis piernas. No pocas veces sufrí, por la mano de un negro, vigorosos azotes. Como se me suponía esto un fin-

14 “Voz cubanizada del francés *fouet*. Algunos aplican este nombre a todo instrumento de azotar. (Pichardo).”

gimimiento, no calzaba zapatos sino cuando salía de paje.

Desde la edad de trece a catorce años, la alegría y viveza de mi genio, y lo parlero de mis labios, llamados pico de oro, se trocó todo en cierta melancolía que se me hizo característica con el tiempo. La música me embelesaba, pero sin saber por qué lloraba, y gustaba de tal consuelo, que cuando hallaba ocasión buscaba la soledad para dar larga rienda a mis pesares. Lloraba, pero no gemía, ni se me añudaba el corazón sino en cierto estado de abatimiento, incurable hasta el día.

Tendría yo unos quince o dieciséis años cuando me llevaron a Matanzas otra vez. Abracé a mis padres y a mis hermanos, y conocí a los que nacieron después de mí. El carácter seco y la honradez de mi padre, como estaban siempre a la vista, me hacía pasar una vida algo más llevadera. No sufría los horribles y continuos azotes ni los golpes de mano que por lo regular sufre un muchacho lejos de algún pariente suyo, aunque siempre mis infelices cachetes y narices estaban. . . .

Cinco años pasamos en Matanzas y era allí mi oficio el amanecer antes que nadie estuviera en pie; barría y limpiaba cuanto podía. Concluida esta diligencia, me sentaba en la puerta de mi señora para cuando despertara que me hallase allí enseguida. Para donde quiera que iba ella, la seguía yo como un falderillo, con mis bracillos cruzados.

Cuando almorzaban o comían, tenía yo cuidado de recoger todo lo que iban dejando. Y tuve que darme maña para engullírmelo todo antes de que se quitara la mesa, ya que en cuanto se paraban había yo de salir tras ellos. Llegada la hora de coser, me sentaba a la vista de mi señora a coser efectos de mujeres, por lo que sé hacer túnicos, camisones, colgaduras, colchones, marcar y coser en holán batista y hacer toda clase de guarniciones.

Llegada la hora de dibujo, que lo enseñaba un ayo que tenían los señoritos don Nicolás y don Manuel, íbamos la señorita doña Concepción, mi señora y yo también. Yo me paraba detrás del asiento de mi señora y permanecía allí todo el tiempo que durara

la clase. Todos dibujaban y míster Godfría,¹⁵ que era el ayo, recorría el salón mirando lo que cada persona dibujaba, aquí diciendo esto, allí corrigiendo con el creyón, allá arreglando otra sección. Por lo que yo veía hacer, decir, corregir y explicar me hallé en disposición de contarme por uno de tantos en la clase de dibujo.

No me acuerdo cuál de los niños me dio un lapicero viejo de bronce o cobre y un pedacito de creyón. Esperé a que botasen una muestra y al día siguiente, a la hora de la clase, después de haber visto un poco, me senté en un rincón vuelta la cara para la pared, y empecé a hacer bocas, ojos, orejas, cejas y dientes. Cuando consideraba ser hora de cotejar las muestras con las lecciones ante el director, míster Godfría, yo envolvía mis lecciones, las metía en el seno y esperaba la hora en que se acabasen las dos horas de dibujo. Oyendo y mirando llegué a perfeccionarme. En una ocasión tomé una muestra desechada, pero entera. Aunque no muy perfecta, era una cabeza con su garganta que mostraba una mujer desolada que corría con el pelo suelto, ensortijado y batido por el viento, los ojos saltones y llorosos. La copié tan fielmente, que cuando la concluí, mi señora, que me observaba cuidadosamente haciéndose la desentendida, me la pidió y se la presentó al director. Mr. Godfría dijo que yo saldría un gran retratista y que sería un gran honor para él que algún día retratase yo a todos mis amos.

Desde entonces todos me tiraban muestras de todas clases al rincón del suelo donde yo estaba a medio acostar. Ya cuando estaba bastante aventajado compuse una guirnalda de rosas y otras muchas cosas.

En esta época, tanto como en todas las que serví a mi ama, me iba con ella, que era aficionadísima a la pesca, por las tardes y las mañanas frescas, a buscar qué pescar por la orilla de la parte baja del río de San Agustín que atravesaba por el Molino. Yo le

15 Probablemente “Godfrey”

ponía la carnada en el anzuelo y recibía el pez que sacaba. Sin embargo, como la melancolía estaba encentrada en mi alma y había tomado en mi físico una parte de mi existencia, yo me complacía en componer unos versos de memoria, todos tristes, bajo la guásima¹⁶ cuyas raíces formaban una especie de pedestal a los que pescaban. Los versos no los escribía por ignorar este ramo, pero tenía un cuaderno de versos en la memoria e improvisaba cualquier cosa.

Supo mi señora que yo charlaba mucho, ya que los criados viejos de mi casa me rodeaban cuando yo estaba de humor, para gustar de oír mis décimas que, como propio producto de la inocencia, no eran ni divinas ni amorosas, y dio orden expresa en la casa de que nadie me hablase. Nadie sabía explicar el género de mis versos, ni yo me atreví más a decir uno, ya que por dos veces me costó mi buena monda.¹⁷ Como carecía de escritura, para estudiar las cosas que yo componía hablaba solo, haciendo gestos y afecciones según la naturaleza de la composición. Por eso decían que era tal el flujo de hablar que tenía, que por hablar, hablaba con la mesa, con el cuadro, con la pared.

Yo a nadie decía lo que traía conmigo y sólo cuando me podía juntar con los niños les decía muchos versos y les contaba cuentos de encantamientos con sus cantarcitos todos concernientes a la aflictiva imagen de mi corazón, que yo componía de memoria durante el resto del día. Mi ama, que no me perdía de vista ni aun durmiendo, pues hasta soñaba conmigo, hubo de penetrar algo. Una noche de invierno me hicieron repetir un cuento, rodeado de niños y criadas. Mi ama se mantuvo oculta en otro cuarto detrás de unas persianas o romanas. Al día siguiente, por quítame allá esta paja, como suele decirse, enseñada me dieron mi buena monda, me pusieron una gran mordaza y me pararon en un taburete en medio de la sala con unos

16 Árbol silvestre

17 Dar monda. Mondar: “Castigar o azotar con exceso” (Pichardo)

motes, de los que no me acuerdo, por detrás y por delante. Además, se hizo recta prohibición de que nadie entrara en conversación conmigo y si yo trataba de tenerla con alguno de mis mayores, debían darme un gaznatón.

De noche, a las doce o a la una, debía irme a dormir donde vivía mi madre, que estaba a más de doce cuabras de distancia. Yo, que era en extremo miedoso, tenía que pasar por este trago aun en las noches más lluviosas. Con este y otros tratamientos algo peores, mi carácter se hacía cada vez más taciturno y melancólico. Yo no hallaba consuelo más que recostado en las piernas de mi madre, porque padre de genio seco. . . .

Este se acostaba mientras mi pobre madre y mi hermano Florencio me esperaban hasta la hora que yo viniera.

Este último, aunque estuviera dormido, luego que yo tocaba la puerta y oía mi voz, despertaba y venía a abrazarme. Cenábamos juntos y nos íbamos a la cama.

Unas tercianas que por poco dan conmigo a la sepultura, me privaron de seguir a mi señora a La Habana. Cuando me hallé restablecido enteramente nadie haría en dos años lo que yo en cuatro meses. Me bañaba cuatro veces al día y hasta de noche corría a caballo; pescaba, registré todos los montes, subí todas las lomas, comí cuantas frutas había en las arboledas; en fin, disfruté de todos los inocentes goces de la juventud. En esta época pequeñísima me puse grueso, lustroso y vivo, mas volviendo a mi antiguo género de vida, mi salud se quebrantó y volví a ser lo que era.

Entonces fue cuando recibí una pedrada en la mollera, que me la dio un moreno sin querer. Me llevaron privado a la cama y fue tan riesgosa la herida que, habiéndome abierto o hundido el casco, se me descubría parte del cráneo. La herida me duró abierta más de dos años. Aun todavía por tiempos se me resume. Esta peligrosa herida me fue por mucho tiempo favorable, pues yo era demasiado sanguíneo y de una naturaleza tan débil que la más leve novedad me causaba una impresión que siempre reso-

llaba por aquella parte abierta. Así sucedió que, habiéndome maltratado, yo no sé por qué, todo el padecimiento de aquel acto, unido a tres días que se tardaron en curarme, atrajeron sobre el cráneo una tela negra que fue menester tenaza, hilo y agua fuerte para quemarla.

Era médico de la hacienda entonces don qué sé yo Estorino, un señor a quien yo acompañaba a la caza y a la pesca. Era un hombre tan piadoso como sabio y generoso y que tomó a su cargo mi cura y el cuidado de mis alimentos. Me curaba con sus propias manos hasta llegar al punto de no necesitarse más que tafetán inglés. Le debo esta fineza como otras muchas, muchísimas, por las que le estoy sumamente reconocido. Él era el único que sabía mirar mis muchachadas como propios efectos de aquella edad, a lo que unía yo una imaginación traviesa.

Me acuerdo una vez haber pintado una bruja echándole una ayuda a un diablo; aquél tenía el semblante afligido y la bruja risueño. Esta lámina causó a muchos grande risa, pero yo tuve por más de dos meses bastante que llorar, ya que mi padre, con la austeridad de su carácter, me prohibió tomar los pinceles mientras él viviese. Me quitó la cajita de colores y la tiró al río, rompiendo la lámina que le había causado tanta risa.

Como desde que pude hacer algo fue mi primer destino el de paje. Tanto en La Habana como en Matanzas, velaba desde mis más tiernos años más de la mitad de la noche. En La Habana, si no en las noches de teatro, en las tertulias en la casa del señor Marqués de Monte Hermoso o en casa de las señoras beatas de Cárdenas, de donde salíamos a las diez empezaba el paseo después de haber cenado, hasta las once o las doce de la noche. En Matanzas, los días señalados, o no señalados, se comía en casa del señor Conde de Jibacoa o en la del señor don Juan Manuel O'Farrell. Donde quiera que fuese, íbamos a hacer tarde y noche en casa de las señoras Gómez, donde se reunían las personas más conocidas y decentes del pueblo a jugar partido de tresillo, matillo o burro. Yo no me podía separar de detrás del espaldar del taburete de mi ama hasta la hora de partir, que era,

por lo regular, a las doce de la noche, hora en que partíamos para el Molino. Si en el ínterim que duraba la tertulia me dormía, o si al ir detrás de la volante, por alguna casualidad se me apagaba el farol (aunque fuese porque los carrilones que dejaban las carretas se llenaban de agua y al caer la rueda saltaba, entrándose por las labores del farol de hojalata), al llegar se despertaba al mayoral o al administrador, y yo iba a dormir al cepo. Al amanecer ejercían éste o aquél sobre mí una de sus funciones,¹⁸ y no como si se tratara de un muchacho.

Pero tanto dominio tiene el sueño sobre el espíritu humano, que no pasaban cuatro o cinco noches cuando era repetido. No me valía nadie, nadie, ni mi pobre madre. Más de dos veces, con mi hermano, les amaneció esperándome, mientras yo, encerrado, esperaba un doloroso amanecer. Ya vivía mi madre tan recelosa, que cuando no llegaba a la hora, poco más o menos, bajaba desde su bohío y se acercaba a la puerta de lo que antes era la enfermería de los hombres, donde estaba el cepo, hacia la izquierda. Por ver si estaba allí me llamaba: “Juan.” Yo le contestaba gimiendo y ella decía de afuera: “¡Ay, hijo!” Entonces era el llamar de la sepultura a su marido, pues cuando esto ya mi padre había muerto. Tres ocasiones en menos de dos meses recuerdo haber visto repetirse esta escena, como otras en las que me encontraba en el camino. Sin embargo, una de las más memorables para mí fue la siguiente:

Nos retirábamos del pueblo y era ya demasiado tarde. Como venía sentado como siempre, asido con una mano a un barro y en la otra el farol, y como la volante andaba más bien despacio que al paso regular, me dormí de tal modo que solté el farol, pero tan bien, que cayó parado. A unos veinte pasos abrí de pronto los ojos, me hallé sin el farol, vi la luz en donde estaba, me tiré abajo, corrí a cogerlo, antes de llegar di dos caídas con los terrones, tropezando al fin lo alcancé, y quise volar en pos de la

18 Es decir, la del azote.

volante, que ya me sacaba una ventaja considerable. Pero cuál sería mi sorpresa al ver que el carruaje apretó su marcha, que en vano me esforzaba yo por alcanzarlo y que se me desapareció.

Yo ya sabía lo que me había de suceder. Llorando me fui a pie. Cuando llegué cerca de la casa de vivienda me hallé cogido por el señor Silvestre, que era el nombre del joven mayoral. Al conducirme éste para el cepo, se encontró con mi madre, que, siguiendo los impulsos de su corazón, vino a acabar de colmar mis infortunios.

Ella al verme quiso preguntarme qué había hecho cuando el mayoral, que le imponía silencio, se lo quiso estorbar, sin querer oír ruegos, ni súplicas, ni dádivas; irritado porque le habían hecho levantar a aquella hora, levantó la mano y dio a mi madre con el manatí. Este golpe lo sentí yo en mi corazón. Dar un grito y convertirme de manso cordero en un león todo fue una cosa. Me le zafé con un fuerte tirón del brazo por donde me llevaba y me le tiré encima con dientes y manos.

Cuantas patadas, manotazos y demás golpes que llevé se puede considerar. Mi madre y yo fuimos conducidos y puestos en un mismo lugar. Allí los dos gemíamos al unísono. En el ínterin mis hermanos Florencio y Fernando solos, lloraban en su casa. El uno tendría doce años y el otro cinco. Este último sirve hoy al médico señor don Pintado.

Apenas amaneció cuando dos contramayorales y el mayoral nos sacaron, llevando cada uno de los morenos su presa al lugar de sacrificio. Yo sufrí mucho más de lo mandado, por guapito, pero las sagradas leyes de la naturaleza obraron otra vez con efectos maravillosos.

La culpa de mi madre fue que viendo que el mayoral me tiraba a matar, se le tiró encima y, haciéndose atender, pude ponerme en pie. Llegando los guardieros del tendal ¹⁹ nos condujeron, y vi a

19 "Cierta espacio de terreno cuadrado, llano solado de hormigón, con sus bordes o muros bajos... para poner el café al sol. (Pichardo).

mi madre puesta en el lugar de sacrificio por primera vez en su vida. Aunque ella estaba en la hacienda, estaba exenta del trabajo como mujer de un esclavo que se supo conducir y hacerse considerar de todos.

Viendo yo a mi madre en este estado, suspenso, no podía ni llorar, ni discurrir, ni huir. Temblaba mientras que, sin pudor, los cuatro negros se apoderaron de ella y la arrojaron en tierra para azotarla. Pedía por Dios. Por ella todo lo resistí. Pero al oír estallar el primer fustazo, convertido en león, en tigre o en la fiera más animosa, estuve a pique de perder la vida a manos del citado Silvestre. Pero pasemos en silencio el resto de esta escena dolorosa.

Pasado este tiempo con otra multitud de sufrimientos semejantes, pasamos a La Habana. Después de un año, sin variar mi suerte en nada, estábamos para partir para Matanzas; era entonces cuando empezaron a rodar las monedas de nuestro católico monarca, el señor don Fernando VII, cuando llegó un mendigo por una limosna. Mi señora me dio para él una peseta de nuevo acuño, pero tan nueva que parecía acabada de fabricar.

El señor don Nicolás me había dado la noche antes una peseta que yo traía en el bolsillo. Tanto vale ésta como la otra, dije yo, y, cambiándola, fui a dar al mendigo su limosna. Me fui a sentar en mi lugar en la antesala cuidando de que mi señora me llamara o necesitara de alguien.²⁰ De consiguiente saqué la peseta y estaba como el mono, dándole vueltas y más vueltas, leyendo y volviendo a leer sus inscripciones, cuando se me escapó de la mano y cayó al suelo. Como el piso era de hormigón, al caer dio su correspondiente bote, y como estaban entrejuntas la puerta y la ventana, no hubo bien caído cuando mi señora salió, me pidió la peseta, se la di, la miró y se puso como una grana. Me hizo pasar por su cuarto a la sala y me sentó en un rincón imponiéndome no me moviese de allí. Para esto ya mi peseta estaba

20 El original dice “algien”.

en su poder, conocida por ser la misma suya que me había dado hacía dos minutos.

Estaba la recua del ingenio de Guanabo descargando entonces. Con tales pruebas a la vista, no había duda alguna; esta fatal moneda era la misma que acababa de darme. No se quiso más pruebas. Se sacó la muda de cañamazo, se compró la cuerda y el mulo en que yo debía ir.²¹

Pronto me encontré sobrecogido. Estaba yo en lugar de retención y extrañado de que todos los niños se asomaran a la puerta llorando. Mi señora entraba y salía muy silenciosa, pero diligente. Se sentó y escribió algo. A una le pregunté quedito por mi hermano y supe que estaba encerrado.

Serían cerca de las nueve cuando vi entrar en la sala al negro arriero, de cuyo nombre no me acuerdo ahora. Este se acercó a mí desligando la esquiación,²² habiendo dejado ya en el suelo una soga de henequén. Yo que esperaba mi común penitencia y viendo el gran peligro que me amenazaba, me escapé por otra puerta, pues la sala tenía tres. Poseído del miedo corrí a mi protector, el señor don Nicolás, y hallé que allí ocultos, tributo propio de la infancia, todos lloraban. La niña Concha me dijo: “Anda a donde está papá.”

El señor Marqués me quería bien. Yo dormía con él porque no roncaba y cuando sufría de jaqueca le daba agua tibia y le tenía la frente mientras arrojaba. Si este único mal del que padecía duraba una noche y parte del otro día, yo no faltaba de su becera.

En cuanto llegué a su escritorio (todo fue cosa de relámpago), él estaba escribiendo para su ingenio. Me eché a sus pies y, al verme, me preguntó qué había. Se lo dije y me dijo, “¡Gran perrazo! Y ¿por qué le fuiste a robar la peseta a tu ama?” “No

21 Es decir, a trabajar en el ingenio de Guanabo.

22 “Voz generalmente usada en la parte occidental para significar el vestuario de los negros que trabajan en el campo” (*Pichardo*).

señor,” repliqué yo, “el niño me la dio.” “¿Cuándo?” me preguntó. “Anoche,” le contesté.

Subimos todos arriba. Le preguntaron al niño, mostrándole la moneda, y él contestó que no.

La verdad es que la turbación mía no me dejó hacer una cabal relación que aclarase un hecho tan evidente. Una pregunta, cien amenazas, el aspecto de las esquifaciones, un ingenio tan temido en aquellos días por causa de su mayoral, un tal Simón Díaz, cuyo nombre sólo infundía terror en la casa cuando con él amenazaban, todo se acumuló en mi corta edad de dieciséis años y yo no supe ya responder, sino rogar y llorar.

El señor Marqués intercedió y por lo pronto me condujeron a mi calabozo. Cuatro días con sus noches estuve allí sin ver el término de mi arresto. Por fin, al quinto día, como a las seis de la mañana, abrieron la puerta. En todo este tiempo no me alimentaba sino con lo que mi hermano y algún otro me daban por debajo de la puerta.

Sacado fuera se me vistió mi esquifación, se trajo la cuerda nueva y, sentado sobre una caja de azúcar, esperaba el momento en que todos estuviéramos reunidos para partir por mar para Matanzas con todo el equipaje.

Mi hermano, al pie de la escalera, me miraba con los ojos lacrimosos e inflamados. Tenía debajo del brazo un capotillo viejo que yo tenía y su sombrero de paja. Él no había cesado de llorar desde que supo mi destino. Éramos tal en amarnos que no se dio el caso de que comiese una media naranja sin que yo tomase igual parte. Yo hacía lo mismo. Comíamos, jugábamos, salíamos a cualquier mandado y dormíamos juntos. Así esta unión, vinculada por los indisolubles lazos del amor fraterno, se rompió. No así como otras veces por algunas horas, sino por algo más de lo que yo ni nadie se atrevió a imaginar.

Por fin toda la familia estaba lista. Se me ató para conducirme como el más vil facineroso. Estábamos en la puerta de la calle cuando nos hicieron entrar. La señorita doña Beatriz de Cárde-

nas, hoy madre Purita en el convento de monjas Ursulinas, fue la mediadora para que no se viese sacar de su casa en tal figura a uno a quien todos tendrían compasión, pues era un niño.

Me desataron los brazos y una de las criadas, contemporánea, amiga y paisana de mi madre, me ató un pañuelo a la cabeza. Como yo no usaba ni calzado ni sombrero, no tuve más que buscar. Salimos y nos embarcamos en la goleta de la que era patrón don Manuel Pérez. Nos hicimos a la vela y en pocas horas navegábamos para Matanzas.

Tardamos, no sé por qué, dos días. Al siguiente, al amanecer, dimos fondo en el puerto a donde íbamos.

En cuanto llegamos, mi hermano se dio prisa en echarse al bote conmigo. Durante la navegación me dio una muda de ropa mía que había cogido al salir. Me mudé en cuanto llegamos a bordo, pues aquel traje, puesto por primera vez en mi vida, nos hacía a los dos el mismo efecto.

Así que llegamos a tierra con el resto de la familia, como éramos pequeños y no teníamos equipaje, debíamos irnos todos para la casa del comandante del Castillo, el señor don Juan Gómez, a quien se le dirigían cartas con órdenes acerca de la familia. Nosotros, que no sabíamos nada de esto, de una parte, y por el deseo de ver a nuestra madre, por otra, cuando entramos por la calle del medio, en la segunda bocacalle, doblamos con disimulo y, tomando la calle del Río nos enderezamos a paso largo para el Molino.

Como se me había desatado y como en todo este tiempo no se me había ni mirado ni preguntado por aquel traje en que fui sacado y, además, porque en mi conciencia de nada me culpaba, iba alegre, a paso largo para llegar a los brazos de mi madre. La amaba tanto que siempre pedía a Dios me quitase primero la vida a mí que a ella. No me creía yo con bastante fuerza para sobrevivirla.

Al fin llegamos. Le hicimos un corto cumplimiento al administrador, Mr. Denny, y sin decirle casi nada, sino que el resto de la

familia venía detrás, picamos hasta dar con nuestra madre. Los tres abrazados de pie formábamos un grupo. Mis tres hermanos más chicos nos rodeaban abrazándonos por los muslos. Mi madre lloraba y nos tenía estrechados contra su pecho. Daba gracias a Dios porque le concedía la gracia de volver a vernos. No habíamos pasado más de tres minutos en esta actitud, cuando de repente llegó a la puerta el moreno Santiago, sirviente de la casa, agitado, bañado en sudor y colérico. Sin saludar a la que lo vio nacer y la que lo libró de que mi padre le sacudiese el polvo muchas veces en sus días de aprendizaje, echó una grumentada²³ que nos sobrecogió a todos. Me dijo sin el menor reparo, “Sal pa' afuera, que desde el pueblo he venido corriendo dejándolo todo al diablo. ¿Quién te mandó venir?” “¿Y quién me dijo que me esperara?” le dije yo con una especie de rabia creyendo que esto era cosa suya, y no juzgando el tamaño de mi mal.

Mi madre me agarró por el brazo y le preguntó qué había hecho yo. “Ahora lo sabrá,” contestó, y sacando la misma cuerda de La Habana me ató y condujo para el tendal, donde ya me esperaba un negro, a quien se me entregó. Tomamos el camino del ingenio de San Miguel y llegamos a él alrededor de las once. A todas estas yo estaba en ayunas. Abrió²⁴ la carta que se le había enviado de La Habana. Con mucha dificultad consiguió un par de grillos para mí. Como estaba yo tan delgado costó mucho trabajo cerrarlos; se usaron unas rocas, pero después, para quitármelos, fue menester limarlos.

Por las cartas dirigidas al señor comandante, yo debía de haber sido traído a este lugar con un comisionado por el camino de Yumurí, pero por la prisa que nos dimos resultó esto otro.

Veinticinco²⁵ de mañana y otros tantos de tarde por espacio de

23 Palabra enigmática. ¿Será “grumetada” de “grumete”?

24 Manzano no nos dice quién, pero suponemos que fue el mayoral.

25 Azotes.

nueve días, cuartos de prima y de madrugada²⁶ fue el castigo recomendado en la carta. Me interrogó el mayoral. Le dije la verdad lisa y llana. Por primera vez vi clemencia en este hombre de campo. No me castigó. Yo me aplicaba en todos los trabajos y me esforzaba cuanto podía con tal de no llevarme los veinticinco. Todos los días me parecía que había llegado mi hora.

Al cabo de quince días me mandaron buscar sin ser menester tener padrinos.²⁷

Anteriormente me aconteció un lance muy semejante a éste. Vivíamos en el pueblo, frente a la iglesia, en la casa del facultativo, el señor Estorino. Mi señora me mandó a cambiar una onza con el señor don Juan de Torres, el hijo. Fui yo para traerla. Cuando llegué me mandaron poner el dinero, que era menudo y pesetas, sobre una de las mesitas de caoba que estaban preparadas para el tresillo en el gabinete. Al cabo de algún rato tomó mi señora el cambio sin contarle.

Como yo tenía por oficio cada media hora tomar el paño y sacudir todos los muebles de la casa, tuvieran polvo o no, fui a hacerlo. Al tomar una mesa por una de las medias hojas que abrían y cerraban, una peseta que había caído en la abertura de medio saltó al suelo y sonó al dar yo con el paño. Mi ama, que estaba en el cuarto siguiente, al oír el ruido salió. Me preguntó por aquella moneda y yo le dije lo que había ocurrido. Contó entonces su dinero y lo halló de menos. Tomó la moneda sin decirme palabra.

Todo aquel día se pasó sin la menor novedad. Sin embargo, al día siguiente, como a las diez, se apareció el mayoral del ingenio San Miguel. Me hizo atar codo con codo y, saliendo por delante,

26 El trabajo de la “negrada” en el ingenio se dividía en cuatro partes. El “cuarto de prima” correspondía al período desde la puesta del sol hasta medianoche; el de “madrugada,” desde el alba hasta mediodía, generalmente en el campo.

27 Intermediarios o protectores.

nos encaminamos hacia el ingenio. Entonces supe que mi ama sospechaba que yo hubiese introducido la moneda en la rendija que formaba la desunión de las dos hojas de la mesita porque quería quedarme con ella.

El mayoral, de cuyo nombre y apellido no me acuerdo, se apeó al llegar a la calle del Río, en la esquina opuesta a la medio fabricada casa del señor don Alejandro Montoro, entonces cadete de milicias de Matanzas. Entramos en una fonda que allí había. Pidió de almorzar para él y para mí y me consoló diciéndome que no tuviera cuidado.

Me desató primero y mientras yo comía, él hablaba con otro hombre también de campo. Me acuerdo que le dijo, “Su pobre padre me ha suplicado lo mire con caridad. Yo también tengo hijos.”

Al cabo de algún rato nos levantamos. El me montó detrás en el aparejo y llegamos al ingenio. Estuve sentado toda la tarde en el trapiche de abajo. Me mandó de comer lo que él comía y por la noche me entregó a una vieja que por su mucha edad no salía al trabajo. Allí estuve cosa de nueve a diez días, al cabo de los cuales me mandó a buscar mi ama, sin que yo sufriese el menor quebranto.

En esta época vivía mi padre, pues fue él y algún otro criado quienes me preguntaban y examinaban acerca de lo que había sucedido y yo les contestaba. Pero mi ama nunca creyó sino que era algún ardid de que me valía. Yo creo, sin embargo, que el tratamiento que allí tuve fue disposición de ella. Mi pronta vuelta y el caso omiso que hizo el mayoral de mí siendo tiempo de molienda me lo hacen creer así. Este paso me sucedió en tiempos en que estuvo en España el señor don José Antonio y fue la primera vez que vi un ingenio.

Después de ésta se sucedieron una multitud de sinsabores, todos sin motivos justos. Un día de flatos era para mí señales de una tempestad. Y los flatos eran tan frecuentes que no podría enumerar los increíbles trabajos de mi vida. Me basta con decir que

desde que tuve bastante conocimiento, hasta poco después de la primera constitución de 1812, cuando me arrojé a una fuga, no hallo un solo día que no esté marcado con algún percance lacrimoso para mí. Saltando por encima de varias épocas, dejo atrás una multitud de lances dolorosos. Me ceñiré únicamente a los más esenciales como fuente o manantial de otras mil tristes vicisitudes.

Me acuerdo que una vez que se me había roto las narices, como se tenía de costumbre casi diariamente, se me dijo, “Te he de matar antes de que cumplas la edad.” Esta palabra, para mí tan misteriosa como insignificante, me causó tanta impresión, que al cabo de unos días le pregunté a mi madre. Ella, admirada, me lo preguntó dos veces más y me dijo, “Más puede Dios que el demonio, hijo.” No me dijo nada más que satisficiera mi curiosidad. Ciertos avisos de algunos criados antiguos de mi casa nativa y de mis padrinos, todos unánimes, algunos con variaciones, me han dejado alguna idea de esta expresión.²⁸

En otra ocasión me acuerdo que, no sé por qué pequeñez, iba a sufrir. Pero un señor, para mí siempre bondadoso que me apadrinaba como era de costumbre, dijo, “Mire Ud., que éste va a ser más malo que Rousseau y Voltaire, y acuérdesse Ud. de lo que yo le digo.” Esta fue otra expresión que me hacía andar averiguando quiénes eran estos dos demonios. Cuando supe que eran unos enemigos de Dios me tranquilicé. Desde mi infancia, mis directores me habían enseñado a amar y a temer a Dios. Llegaba hasta tal punto mi confianza que, pidiendo al cielo suavizase mis trabajos, me pasaba casi todo el tiempo de la prima noche. Rezaba cierto número de padrenuestros y Ave Marías a todos los santos de la corte celestial, todo para que al día siguiente no me fuese tan nocivo como el que pasaba. Si me acontecía uno de mis comunes y dolorosos apremios, lo atribuía solamente a mi falta de devoción o enojo de algún santo que

28 Alusión, sin duda, a su posible libertad al alcanzar la mayoría.

había echado en olvido para el día siguiente. Todavía creo que ellos me depararon la ocasión y me custodiaron la noche de mi fuga de Matanzas para La Habana, como veremos. Pues yo tomaba el almanaque y todos los santos de aquel mes eran rezados por mí diariamente.

Como he dicho, vivíamos en la casa del señor Estorino, quien sabía algo de dibujo. Pintaba y decoraciones en papel, hacía mis bastidores de güines de cañas²⁹ cimarronas o cujes de yayas,³⁰ hacía figuras de naipes y de cartón y daba entretenimiento a los niños con grandes funciones de sombras chinescas, a las que concurrían algunos niños y niñas del pueblo hasta las diez o más de la noche. Hoy son grandes señores y no me conocen. Hacía títeres que parecían que bailaban solos. Eran de madera que yo formaba con un tajo de pluma y que pintaban los hijos del señor don Félix Llano, señor don Manuel y don Felipe Puebla, señor don Francisco Madruga, el farruco, y otros. Otros, como el señor José Fontón, meneó las orejas delante de mí; me propuse yo también menearlas, y lo conseguí, suponiendo la causa. Entonces fue cuando el señor don Beranés, descubriendo en mí los primeros síntomas de la poesía, me daba lo que llaman pie forzado³¹ y cuando versaba en la mesa me echaba, a hurtadillas, alguna mirada sin que mi señora lo penetrara. A más de suplicárselo yo, él tenía bastante confianza en la casa y sabía lo estirado que yo andaba.

Esto mismo me sucedía con el padre Carrasedo, con don Antonio Miralla y con don José Fernández Madrid, todos en diferentes épocas.

Si tratara de hacer un exacto resumen de la historia de mi vida,

29 Güín: varilla de la familia de las cañas.

30 *Cujes de yayas*: vara flexible. Viene de “cuje” (arbusto que se usaba con frecuencia para hacer látigos) y “yaya” (árbol silvestre, delgado y flexible) (Pichiardo).

31 Entre los decimistas, darle una frase al improvisador de décimas, quien está obligado a incorporarla en el último verso del poema.

sería una repetición de sucesos todos semejantes entre sí. Desde mi edad de trece o catorce años, mi vida ha sido una consecución de penitencia, encierro, azotes y aflicciones. Así determino describir los sucesos más notables que me han acarreado una opinión tan terrible como nociva. Sé que nunca, por más que me esfuerce con la verdad en los labios, ocuparé el lugar de un hombre perfecto o de bien. Pero a lo menos ante el juicio sensato del hombre imparcial, se verá hasta qué punto llega la preocupación del mayor número de los hombres contra el infeliz que ha incurrido en alguna flaqueza.

Pero vamos a saltar desde los años de 1810, 11 y 12 hasta el presente de 1835, dejando en su intermedio un vastísimo campo de vicisitudes, escogiendo de él los graves golpes con que la fortuna me obligó a dejar la casa paterna o nativa para probar las diversas cavidades con que el mundo me esperaba para devorar mi inexperta y débil juventud.

En 1810, si mal no recuerdo, yo era el falderillo de mi señora. Se puede decir así, porque era mi obligación seguirla siempre, a menos que fuese a sus cuartos, porque entonces me quedaba a las puertas impidiendo la entrada a todos, o llamando a quien llamase, o haciendo silencio si consideraba que dormía.

Una tarde salimos al jardín largo tiempo. Ayudaba a mi ama a recoger flores o a trasplantar algunas maticas como género de diversión. Mientras tanto, el jardinero andaba por todo lo ancho del jardín cumpliendo con su obligación. Al retirarnos, sin saber materialmente lo que hacía, cogí una hojita, una hojita no más de geranio donato. Esta malva, sumamente olorosa, iba en mi mano, mas ni yo sabía lo que llevaba. Distráido con mis versos de memoria, seguía a mi señora a una distancia de dos o tres pasos. Iba tan ajeno de mí, que iba haciendo añicos la hoja, de lo que resultaba mayor fragancia. Al entrar en una antesala, no sé con qué motivo, retrocedió mi ama. Hice paso, pero al enfren-tarse conmigo le llamó la atención el olor. Colérica de pronto, con una voz vivísima y alterada, me preguntó, “¿Qué traes en las manos?” Yo me quedé muerto. Mi cuerpo se heló de inmediato

y, sin poder apenas tenerme, del temblor que me dio en ambas piernas, dejé caer la porción de pedacitos en el suelo.

Se me tomaron las manos, se me olió y tomándose los pedacitos fue un montón, una mata y un atrevimiento de marca. Se me rompieron mis narices y enseguida vino el administrador, don Lucas Rodríguez, emigrado de Santo Domingo, a quien se me entregó.

Serían las seis de la tarde y era en el rigor del invierno. La volante estaba puesta para partir para el pueblo. Yo debía seguirlos. Pero cuán frágil es la suerte del que está sujeto a continuas vicisitudes. Yo nunca tenía hora segura y esta vez se verificó, como en otras muchas, como veremos.

Yo fui para el cepo. En este lugar, antes enfermería de hombres, cabrán, si existe aún, cincuenta camas en cada lado. Aquí se recibían a los enfermos de la finca, además de los del ingenio San Miguel. Ahora estaba vacía y no se le daba ningún empleo. Allí estaba el cepo y sólo se depositaba en él algún cadáver hasta la hora de llevarlo al pueblo a darle sepultura. Allí, puesto de dos pies, con un frío que helaba, sin ninguna cubierta, se me encerró. Apenas me vi solo en aquel lugar cuando me parecía que todos los muertos se levantaban y vagaban por todo lo largo del salón. Una ventana medio derrumbada que caía al río o zanja cerca de un despeñadero ruidoso que hacía un torrente de agua, golpeaba sin cesar. Y cada golpe me parecía un muerto que entraba por allí de la otra vida. Considerad ahora qué noche pasaría.

No bien había empezado a aclarar cuando sentí correr el cerrojo. Entró un contramayoral, seguido del administrador. Me sacaron una tabla parada a un horcón que sostiene del colgadizo un mazo de cujes, como cincuenta de ellos. Vi al pie de la tabla al administrador envuelto en su capote. Dijo debajo del pañuelo que le tapaba la boca, con voz ronca, que se me amarraran las manos. Las ataron como las de Jesucristo. Me cargaron y metieron los pies en las dos aberturas que tenía. También mis pies se ataron. ¡Oh, Dios! Corramos un velo por el resto de esta escena. Mi

sangre se derramó. Yo perdí el sentido, y cuando volví en mí me hallé en la puerta del oratorio en los brazos de mi madre, anegada en lágrimas.

Esta, a instancias del padre don Jaime Florit, se retiró desistiendo del intento que tenía de ponerse delante qué sé yo con qué pretensión. A las nueve o poco más que se levantó mi señora, fue su primera diligencia averiguar si se me había tratado bien. El administrador, que la esperaba, me llamó y me le presentó. Ella me preguntó si quería otra vez tomar unas hojas de su geranio. Como yo no quise responder, por poco me sucede otro tanto y tuve que decir que no.

Serían cosa de las once cuando me entró un crecimiento. Se me puso en un cuarto. Tres días sin intermisión estuve en este estado. Me daban baños y untos. Mi madre no venía allí sino por la noche, cuando se consideraba que estuviesen en el pueblo. Al sexto día, cuando ya se contaba con mi vida, andaba yo algún poco. Era cosa de las doce cuando me encontré con mi madre, que atravesaba por el tendal. Me encontró y me dijo, “Juan, aquí llevo el dinero de tu libertad. Ya tú ves que tu padre se ha muerto y tú vas a ser ahora el padre de tus hermanos. Ya no te volverán a castigar más. Juan, cuidado he. . .” Un torrente de lágrimas fue mi única respuesta y ella siguió. Yo fui a mi mandado. Mas el resultado de esto fue que mi madre salió sin dinero y yo quedé a esperar qué sé yo qué tiempo que no he visto llegar.

Después de este pasaje me aconteció otro y es el siguiente. Estando en el Molino, trajeron del ingenio unas cuantas aves, capones y pollos. Como yo estaba siempre de centinela del que llegaba, me tocó, por desgracia, recibirlas. Entré la papeleta, dejando las aves en el comedor o pasadizo debajo de la glorieta que se hallaba a la entrada. Leyeron el papel y se me mandó llevarlo al otro lado para entregárselo a don Juan Mato, que era mayordomo o celador de aquella otra parte. Lo tomé todo despidiendo al arriero, e iba contento, pues en este intervalo respiraba yo. Entregué lo que recibí y me acuerdo que eran tres capones y dos pollos.

Pasadas unas dos semanas o algo más, fui llamado para que diese cuenta de un capón que faltaba. Al momento dije que habían venido tres y dos pollos y que eso había sido lo que yo había entregado. Quedó esto así. Mas a la mañana siguiente vi venir al mayoral del ingenio. Habló largo rato con mi señora y se fue. Servimos el almuerzo y cuando yo iba a meterme el primer bocado en la boca, aprovechando el momento... me llamó mi ama. Me mandó que fuese a casa del mayoral y le dijese qué sé yo qué cosa. Aquello me dio mal ojo. Se me oprimió el corazón y fui temblando. Como yo estaba acostumbrado, por lo regular, a irme a entregar yo mismo, de este modo, iba receloso.

Llegué a la puerta y estaban los dos, el de la finca y el antes dicho. Le di el recado y, haciéndose el sordo, me dijo, “Entra, hombre.” Como me hallaba en caso de estar bien con estas gentes, porque a cada rato caía en sus manos, le obedecí. Iba a repetir el recado cuando el señor Domínguez, que así era el apellido del mayoral del ingenio, me cogió por un brazo diciendo “A mí es a quien busca.” Sacó una cuerda de cáñamo delgada, me ató como a un facineroso, se montó a caballo y, echándome por delante, me mandó correr.

Nos alejamos de aquellos contornos con prontitud. Era con el fin de que ni mi madre, ni mi segundo hermano, ni los niños y niñas me viesan, porque todos al momento llorarían y la casa sería un punto de duelo o me apadrinarían. Nos habíamos alejado como un cuarto de legua, cuando, fatigado de correr delante del caballo, di un traspié y caí. No bien había dado en tierra cuando dos perros o dos fieras que le seguían se me tiraron encima. El uno metiéndose casi toda mi quijada izquierda en su boca, me atravesó el colmillo hasta encontrarse con mi muela. El otro me agujereó un muslo y la pantorrilla izquierda, todo con la mayor voracidad y prontitud. Estas cicatrices están perpetuas, a pesar de los veinticuatro años que han pasado. El mayoral se tiró del caballo sobre los perros y los separó. Mi sangre corría en abundancia, principalmente en la pierna izquierda, que se me adormeció. Me agarró por la atadura con una mano, echando

una retahila de obscenidades. Este tirón me descoyuntó el brazo derecho, del que aún no he sanado. En tiempos revueltos padezco en él de ciertos dolores como gotoso.

Caminando como pude, llegamos al ingenio. Dos ramales con sus rocas me fueron puestas. Se me curaron las mordidas qué sé yo con qué unto, y fui para el cepo. Llegó la noche fatal. Toda la gente estaba en hila; se me sacó al medio un contramayoral, el mayoral y cinco negros. Me rodearon a la voz de “Tumba.”³² Dieron conmigo en tierra sin la menor caridad, como quien tira un fardo que nada siente, uno a cada mano y pie y otro sentado sobre mi espalda. Se me preguntaba por el pollo o capón. Yo no sabía qué decir, pues nada sabía. Sufrí veinticinco azotes. Decía mil cosas diferentes, pues se me mandaba a decir la verdad y yo no sabía cuál. Me parecía que al decir que me lo había hurtado cumplía y cesaría el azote, pero había que decir qué había hecho con el dinero y era otro aprieto. Dije que había comprado un sombrero. “¿Dónde está el sombrero?” Era falso. Dije que compré zapatos; no hubo tal. Dije, y dije y dije tantas cosas por ver con qué me libraba de tanto tormento.

Nueve noches padecí este tormento; nueve mil cosas diferentes decía al decirme “di la verdad” y azotarme. Ya no tenía qué decir. Algo que lo pareciese para que no me castigasen. Pero no porque yo tal cosa supiera.

Acabada esta operación iba a arrear bueyes de prima o de madre, según el cuarto que me tocaba. Todas las mañanas iba una esquela³³ de lo que había dicho en la noche. Al cabo de diez días, el lunes, esparcida la voz por todo el ingenio, ya se sabía a fondo la causa de aquel género de castigo, cuando el arriero Dionisio Covadonga (que era el arriero) se presentó al mayoral y

32 Entre los negros esclavos nos dice Ortiz que “se llamó “tumbadero” el sitio destinado habitualmente para la pena de azotes, donde los esclavos se “tumbaban” o “viraban” para que sobre sus espaldas el látigo marcara el rigor de la represión esclavista” (pág. 246).

33 A la señora.

le dijo que no se me castigase más, porque el buscado capón o pollo se lo había comido el mayordomo don Manuel Pipa.

El día que él le dio las aves para que las condujese por la tarde al Molino con la papeleta, se le quedó un pollo capón en la cocina, sin advertirlo. A las once de la noche, cuando él volvió del pueblo conduciendo las raciones del día siguiente, lo vio. Por la mañana avisó al mayordomo, no creyendo sino que fuese alguno que lo había hurtado y escondido en su bohío que era la cocina. Este le dijo que era de los que él debió haber llevado al Molino, mas no obstante esto, lo tomó y lo dejó en su cuarto. Al día siguiente su cocinera se lo guisó.

Se llamó y se interrogó a la morena Simona. Declaró ser cierto. Dijo el mayoral que por qué no habían hablado antes. Dionisio dijo que nadie sabía, pues sólo se oía decir que capón, capón, pero sin saber cuál era, y que si no le hubiera contado yo a la Simona y al Dionisio cuál era el buscado capón, nadie hubiera comprendido.

No sé si se dio parte de este asunto, pero lo cierto es que desde aquel día cesó el castigo. Se me puso con un gran garabato a aflojar bagazo³⁴ seco y a apilarlo para que lo condujeran en las canastas a las hornallas.

En este día me tocó, como uno de tantos, ir a cargar azúcar para la casa de purga.³⁵ Como no podía andar se me quitó una roca, y todas se me hubieran quitado si no temieran que me fugara.

Estaba yo metiendo hormas en uno de los tinglados, hacia la izquierda. Acababa de soltar la horma y de haber dado unos

34 Bagazo: residuo de la caña después de serle extraído el jugo o guarapo, empleado como combustible.

35 Casa de purga: “Fábrica grande, aunque muy baja por los extremos para cerrarlos de modo que el edificio queda casi oscuro, sin corriente de aire; el piso de madera está horadado con agujeros, en que entran las Hormas hasta su mitad: aquí se echa el barro y se deja el tiempo suficiente para que purgue el azúcar por los Furos, destilando la Miel, que recibe abajo un tinglado a propósito” (Pichardo novísimo).

pasos cuando parecía que se desplomaba el firmamento detrás de mí. Era un gran pedazo del techo con unas cuantas viguetas que se derrumbó detrás de mí cogiendo al negro Andrés, criollo. Yo, con el susto, caí por una abertura debajo de la casa de purga. Mi guardiero gritaba, toda la negrada voceaba. Acudieron a sacar a Andrés, y yo me salí como pude por la parte baja de la puerta.

Sacaron al antes dicho con mil trabajos, y tenía todo el cráneo roto, el pellejo del cerebro arrollado, los ojos reventados. Lo condujeron al Molino y murió a pocas horas.

A la mañana siguiente, aún no había el aire disipado bien la neblina, cuando vi aparecerse al niño Pancho, hoy señor don Francisco de Cárdenas y Manzano. Yo estaba débilmente en mi ejercicio de aflojar y apilar bagazo cuando se me presentó, seguido de mi segundo hermano, el cual me insinuó que venía por mí. El cambio de traje y de fortuna fue todo uno. Cuando llegó ³⁶ el desgraciado a quien las vigas maltrataron, se divulgó que yo estuve a pique de perecer también, por lo que mi hermano, que servía al niño Pancho, alcanzó que éste pidiese a su madre por mí, y lo consiguió sin la menor dificultad. Tuve que venir a pie una legua de camino bastante escabroso y el señorito se adelantó en su jaca. Cuando llegamos, mi hermano y el niño me presentaron a la señora, mi ama, la que por primera vez vi que me trató con compasión. Me mandó para el interior de la casa. Mi corazón estaba tan oprimido que no quería ver ni la comida, que era para mí la más sagrada y precisa atención.

Caí en una tristeza tal que ni viendo a todos los muchachos enredados en juegos, ni porque me llamaban, salía de mi triste abatimiento. Comía poco y casi siempre llorando. Por este motivo se me mandaba limpiar las caobas, para que no estuviese llorando o durmiendo. Toda mi viveza desapareció, y como mi hermano me quería tanto, se hizo común entre ambos este es-

36 Al Molino.

tado. El no hacía más que estarme consolando, pero este consuelo era llorando conmigo.

Por este motivo ya no se me llevaba al pueblo detrás de la volante. Todos caían sobre mí para hacerme jugar y yo no salía de mi melancólico estado.

Entonces me dedicaron a dormir con el niño Pancho y mi hermano en un cuarto. Me compraron sombrero y zapatos, cosa para mí muy nueva. Se me mandaba bañar y a paseos por la tarde. Iba a las pescas y a cazar con un señor.

Pasado algún tiempo vinimos para La Habana y se me dejó con el señor don Nicolás que me quería, no como a esclavo, sino como a un hijo a pesar de su corta edad. Entonces se me fue disipando aquella tristeza inveterada en mi alma y se me declaró un mal de pecho con una tos medio espasmódica que me curó el señor don Francisco Luvián. El tiempo disipó, ayudado de mi juventud, todos mis males. Estaba bien tratado, mejor vestido y querido. Tenía casaca que me mandaba hacer mi nuevo amo; tenía muchos reales y era mi oficio recoser roda su ropa, limpiar sus zapatos, asearle su cuarto y darle de vestir. Como este señor desde bien joven observó unas costumbres perfectas e irreprehensibles, quería que todo lo que estuviese a su alcance fuera lo mismo. Sólo me privó de la calle, de la cocina y del roce con personas de malas costumbres. Conseguí nunca recibir de él ni la más leve reconvención. Lo quería sin tamaño.

Apenas aclaraba y lo veía puesto en pie, le preparaba antes de todo la mesa, sillón y libros para que se entregase al estudio. Me fui identificando de tal modo con sus costumbres que empecé yo también a darme estudios. En todos los trámites de mi vida, la poesía, ya próspera, ya adversa me suministraba versos análogos a mi situación. Tomaba sus libros de retórica y me ponía mi lección de memoria. La aprendía como el papagayo y ya creía que sabía algo. Sin embargo, conocía el poco fruto que le sacaba a aquello, pues nunca tenía ocasión de darle uso. Entonces determiné darme algo más útil, que fue el aprender a escribir.

Este fue otro apuro. No sabía cómo empezar. No sabía cortar pluma y me guardé de tomar ninguna de las de mi señor. Sin embargo, compré mi tajaplumas, plumas, y papel muy fino y con algún pedazo de papel de los que mi señor botaba, escrito de su letra, lo metía entre llana y llana ³⁷ con el fin de acostumbrar el pulso a formar letras. Iba siguiendo la forma de lo que tenía debajo. Con esta invención antes de un mes ya hacía renglones logrando la forma de letra de mi señor. Por eso hay cierta identidad entre su letra y la mía.

Contentísimo con mi logrado intento me pasaba desde las cinco hasta las diez ejercitando la mano en letras menudas. Aún de día, cuando tenía tiempo, lo hacía también. Me ponía al pie de algún cuadro cuyos rótulos fueran de letras mayúsculas. Con muchos rasgos logré imitar las letras más hermosas. Llegué a tenerlas entonces que más parecían grabadas que de pluma.

El señor marqués me encontró una vez y por lo que me dijo acerca de ella llegué a creer que ya sabía escribir. Entonces supo mi señor por los que me veían desde las cinco en mi tren de escritura, que yo pasaba todo el tiempo embrollado con mis papeles. No pocas veces me sorprendió en la punta de una mesa que había en un rincón. Me impuso dejase aquel entretenimiento como nada correspondiente a mi clase y que buscarse qué coser. En este punto no me descuidaba porque siempre tenía alguna pieza entre manos. Para ganar se me prohibió la escritura, pero en vano. Todos se acostaban y entonces encendía mi cabito de vela y me desquitaba a mi gusto copiando las más bonitas letrillas de Arriaza ³⁸ a quien imitaba siempre. Me figuraba que con parecerme a él ya era poeta o sabía hacer versos. Me pillaron una vez algunos papelitos de décimas y el señor don Coronado fue el primero que pronosticó que yo sería poeta, aunque se opusiera todo el mundo. Supo cómo aprendí a escribir y con qué fin, y

37 Plana.

38 Juan Bautista Arriaza y Supervilla (1770-1837), poeta neoclásico y traductor del Arte poética de Boileau.

aseguraba que con otro tanto han empezado los más.

En tanto que esto hacía, mi señor estaba en vísperas de enlazarse con la señorita doña Teresa de Herrera y yo era el mercurio que llevaba y traía³⁹ (pero por supuesto ya ella estaba pedida). Este distinguido lugar me lucraba mucho, pues tenía doblones sin pedir. Tantos que no sabía qué hacer con el dinero, y después de hacer gran provisión de papel, pluma, bonito tintero, buena tinta y regla de caoba, lo demás se lo enviaba a mi madre en efectivo.

Pasamos a Guanajay con motivo de la temporada que los señores condes de Jibacoa hacen todos los años. Allí a mi futura ama no le quedaron favores que no me prodigara. Como la primera costura que me enseñó mi señora fue la de mujeres, al lado de la señora Dominga, mujer blanca y su costurera, tuve el gran honor de costurar en algunos túnicos de mi señorita.

Ya sabía y sé de guarniciones, colchones, colgaduras de cama, cosía en holanes y sabía hasta marcar en holán de cambray, lo que me era muy celebrado en obsequio de la fina educación que me dio mi ama. Entre mil contentos pasé todo el tiempo que duró la correspondencia hasta que serví las bodas y fui su paje de librea cuando salían a paseo y a misa. Con esta ama mi felicidad iba cada día en más aumento. Hacía que se me guardase en el número de su familia las más pulidas consideraciones y mi señor por lo tanto la imitaba viéndome esmerarme en darle gusto en el cumplimiento de mis obligaciones.

Esta felicidad fue cosa de un poco más de tres años. Cuando vino mi señora, la de Matanzas, oyó la fama de mis servicios en toda clase, y sin saber yo por qué, determinó llevarme consigo otra vez. Era tal mi agilidad, principalmente en la asistencia de enfermos, así tan chiquitillo como parecía en mi edad de 18 años, que se me pedía prestado en la familia cuando había algún enfermo de velarse, como sucedió esta vez.

Asistía al señor don José Ma. de Peñalver, que estaba de cuidado

39 Recados o cartas.

por un dolor que padecía. Yo no sólo sabía templar el baño, darle la bebida a tiempo, ayudarle a levantar para ciertas diligencias sin apretones, y enjugarle cuando se bañaba, sino que en toda la noche no pegaba mis ojos. La pasaba en vela, con el reloj delante, tintero y papel, donde hallaba el médico, por la mañana, un apunte de todo lo ocurrido en la noche; hasta las veces que escupía, roncaba, sueño tranquilo o inquieto le informaba. El señor don Andrés Ferriles, el doctor don Nicolás Gutiérrez y otros al verme asistir a enfermos me celebraron este orden que he seguido en muchas ocasiones.

Yo estaba, como dije, asistiendo al señor don José María cuando vino mi señora que impulsada de tantos elogios me insinuó la determinación que había hecho, con mucho cariño. Yo la oí con tibieza pues se me nublaba el corazón al considerar que iba de nuevo a unos lugares tan memorables y tristes para mí. No estaba el señor enteramente bueno y seguía en cama, pero nos fuimos sin tardanza a la casa de la señora condesa de Buenavista, su hermana, para partir en algunos días. No debía ir yo más donde mis otros señores, pero a pesar de esta orden, fui a despedirme de ellos. El señor don Nicolás, que desde bien chico me quería, con mis servicios me lo había acabado de ganar. Este y su reciente esposa se despidieron de mí llorando y me regalaron con oro a cual más. La señorita me dio unos cuantos pañuelos de holán usados y dos doblones de a cuatro, y mi señor me dio toda la ropa, entre ella las dos casacas que me había mandado hacer y un doblón de a cuatro.

Me despedí de toda la familia y todos llorábamos, pues vivíamos en la más perfecta unión. Me fui tan contrito y entre tantas reflexiones que por la mañana entre nueve y diez, me determiné a pedir papel para buscar amo.⁴⁰ Se asombró mi señora de esto. Me dijo que si yo no conocía mi bien y que si ella me llevaba era

40 Documento que los amos tenían el derecho de conceder al esclavo que deseaba colocarse o buscar trabajo fuera de la casa de los dueños (Pichardo novísimo).

porque lo debía de hacer, pues no debía de estar sino a su lado hasta que determinara de mí. Me volvió la espalda y sentí haberle dado aquella molestia.

A la hora de la comida en casa de la señora condesa, movió la especie en la mesa manifestando a su hermana mi arrojó y se acaloró tanto que me dijo delante de todos que así era como yo correspondía a los desvelos que había puesto en mi educación. Me preguntó si me había puesto alguna vez la mano encima y por poco lo echo a perder todo, pero dije que no. Me preguntó si me acordaba de la mamá mía y le dije que sí. “Pues yo he quedado en su lugar, ¿me oyes?” me dijo.

Concluido el rezo de por la tarde me llamó a solas la señora condesa en unión de la señora doña Mariana Pizarro para desimpresionarme, creyendo que mis otros amos me habían aconsejado. Les hice saber que temía a mi señora por su genio vivo, pero nada bastó, siempre quedando en su error. Me dijo la señora condesa que yo debía de estar con mi ama y esperar de ella mi libertad.⁴¹

Partimos por fin para Matanzas haciendo mansión en el Molino. Se me señalaron obligaciones y en poco tiempo me hallé al frente de los que me vieron nacer. De tal modo, que los obscurecía sobresaliendo en mi servicio. Se les daba en rostro cuando tenían algún descuido con la exactitud con que llenaba mis deberes. Esto me trajo gran ojeriza de los demás. En este tiempo ya yo andaba por toda la casa, pero concluido el almuerzo, iba a mis acostumbrados lugares donde cosía de todo.

En esta época nos fuimos a vivir al pueblo en la calle del Río, en casa del señor don Félix Quintero. Estábamos allí hacía cosa de dos semanas, cuando una mañana muy temprano se vino al comedor contiguo al dormitorio de mi señora un gallo fino y

41 Ahora me acuerdo que el pasaje del geranio donato fue después de esto, estando en El Molino. Fue cuando mi madre presentó el dinero para mi libertad y murió tres meses después de aire perlático (nota de Manzano):

cantó. Yo dormía en este lugar. Si el gallo cantó más de una vez no lo sé, pero cuando lo oí, desperté, lo espanté y me puse en pie. A la hora de costumbre se levantó mi señora. Esto fue motivo para que si no hubiera buscado con tiempo al señor don Tomás Gener por padrino, hubiera ido a aprender a madrugar al Molino. Yo tenía como diez y nueve años de edad y tenía cierto orgullito en saber cumplir con mis obligaciones. No me gustaba me mandasen a hacer las cosas dos veces ni que me abochornaran por trivialidades.

Pero el prurito de abatir el amor propio del que está más cerca de la gracia de su amo es un mal contagioso que hay en todas las casas grandes. Así sucedió que por una de estas razones quiso uno abatirme, ajándome con malas expresiones hasta llegar a decirme la tal de mi madre. Se la volví con otra de igual tamaño. Me dio una gatzatada que no pude evitar, y le embestí. La señora no estaba en casa y yo debía ir a buscarla a las diez en casa de la señora Gómez. Partí antes de tiempo y cuando tornamos a casa se lo contaron. Me interrogó en este asunto y me disculpé diciendo, “El que me dice la tal de su madre está enemistado conmigo.

“Conque si te lo vuelve a decir volverás a faltar al respeto de mi casa.” Le dije que no faltaría al respeto siempre que no me dijese tal expresión.

Al tercer o cuarto día fuimos a almorzar al Molino. Yo no estaba tranquilo esperando la hora de quiebra. Yo conocía las varias actitudes de mi vida y no dudaba de lo que me iba a suceder. Vi venir al mayoral y no tenía el ánimo ya para aguantar azotes. Me escapé por la espalda del jardín y corrí tanto y en tan breve tiempo que cuando me buscaban por toda la casa yo estaba oculto entre los mangles, camino del castillo. Por la tarde me fui al pueblo a casa del señor conde de Jibacoa, que me apadrinaba. Me daban vergüenza estos apadrinamientos. No estaba a gusto y lloraba a mares cuando me acordaba de la estimación que gozaba con mis otros amos en La Habana. Me afligía más la larga

distancia que me separaba de ellos.

No pasaron cinco días sin que, qué sé yo por qué nimiedad, se me mandó buscar con un comisionado. Me ató en la sala y me condujo a la cárcel pública a las once del día. A las cuatro vino un mozo blanco de campo, me pidió, me sacaron, se me vistió una muda de cañamazo, me quitaron los zapatos y allí mismo me pelaron. Con una soga nueva de henequén me ató los brazos y salimos por delante para el Molino. Yo que había olvidado todo lo pasado, probando las delicias de unos amos jóvenes y amables, algún tanto envanecido con los favores prodigados a mis habilidades y algo alocado también con el aire cortesano que había tomado en la ciudad sirviendo a personas que me recompensaban siempre y me veía tratado de este modo, pensé incesantemente que en La Habana lograría mejor fortuna.

Llegué, pues, al Molino. Don Saturnino Garrías, joven europeo, era administrador entonces. Me examinó acerca de la culpa que tenía por aquello. Se lo dije y me mandó al campo sin ponerme la mano encima y sin prisiones. Estuve allí como nueve días en los trabajos de la finca hasta una mañana en que vino mi señora a almorzar y se me mandó buscar. Me vistió de ropa fina y me condujo detrás de la volante otra vez al pueblo. A su servicio ya era yo un objeto conocido por el chinito⁴² o el mulatico de la María. Todos me preguntaban qué había sido, y me abochornaba satisfacer a tanto curioso.

En estos tiempos fue a la casa la esposa del señor Apodaca, gobernador de La Habana, y se le preparó una función digna del personaje que era.

El pintor y maquinista, señor Aparicio, fue conducido a Matanzas por horas para trabajar la transformación de un escarparte viejo en una hermosa cascada. Debía pintarse algunos emblemas alusivos a la rosa, pues se llamaba la señora, doña Rosa Gastón.

42 *Chinito*. De Chino: “El hijo o hija de Mulato y Negra o viceversa (Pichardo novísimo).”

Yo le ayudé y concluida la obra me regaló media onza. Ayudándole una noche por gusto a llenar varias guirnaldas, descubrió que le podía ser útil y con poco que le dije, me pidió a mi señora no como oficial sino como peón. Yo le sombreaba en particular las rosas. Por la variedad de formas se conocía que era diestro en este arte. Al retirarse me dio media onza y concluida la función fui gratificado como los demás con un doblón de a dos pesos.

Yo guardaba este dinero con intenciones de gastarlo en La Habana. Pero en esto descubrió mi ama que desde la media noche hasta el día, se descamisaban los criados en un almacén jugando a monte.⁴³ Yo nada sabía de esto porque ni dormía allí ni se dejaban tampoco ver de mí. Esto era a puertas cerradas.

La primera diligencia de mi señora fue registrarme al día siguiente y hallándome con más dinero del que me había dado me juzgó cómplice. Me quitó todo el dinero, aunque le declaré cómo lo había obtenido. Según ella debía de habérselo dicho y fui otra vez al Molino. Tampoco me sucedió nada a pesar de las recomendaciones. A los siete u ocho días se me mandó buscar.

Transcurrió algún tiempo sin la menor novedad cuando aconteció la muerte casi súbita de mi madre que se privó y nada pudo declarar. A los cuatro días de este caso lo supe. Le tributé como hijo y amante cuanto sentimiento se puede considerar.

Entonces mi señora me dio tres pesos para las misas del alma o de San Gregorio. Se las mandé decir al padre coadjutor. Algunos días después me mandó mi señora al Molino para que recogiese lo que mi madre había dejado. Di al administrador una esquila con la que me entregó la llave de su casa en la cual sólo hallé una caja grande muy antigua, pero vacía. Tenía esta caja un secreto que yo conocía. Hice saltar el resorte y hallé en su hueco algunas joyas de oro fino. Entre ellas las de más mérito eran tres manillones antiguos de cerca de tres dedos de ancho y muy gruesas,

43 Juego de naipes.

dos rosarios, uno todo de oro y otro de oro y coral, pero rotos y muy sucios. Hallé también un lío de papeles que certificaban varias deudas. Había entre ellos uno de doscientos y pico de pesos y otro de cuatrocientos y tantos pesos. Estos debían cobrarse a mi señora y después de éstos otra porción de menores cantidades.

Cuando yo nací, me dedicó mi abuelo desde el campo una potranca baya de raza fina y de ésta nacieron cinco que mi padre iba dedicando a cada uno de mis hermanos. Ellas parieron a su vez y vino a haber el número de ocho. Entre éstas una era deforme y parecía un caballo. Era rosilla oscura y siempre parecía que tenía el pelo untado de aceite por lo que el señor don Francisco Pineda la quiso comprar, pero parece que mi padre pedía demasiado por ella. Esta y otra se malograron en el servicio de la hacienda cargando baúles a La Habana estando para parir. De éstas había los recibos o pagarés.

Llegado el día siguiente di cuenta a mi ama de lo que había y también de los recibos o papeletas. Pasados seis o más días pregunté a mi señora si había su merced revisado los papeles que le había entregado. Me contestó en tono agradable que todavía no. Di esta respuesta a la parda Rosa Brindis que cuidaba de la educación de mi hermana María del Rosario. Como María del Rosario era libre la tenía ella a instancias de mi señora mientras no fuera capaz de gobernarse. Rosa me instaba a que no dejase de recordarle a mi señora cada vez que pudiese, pues quería la parte de mi hermana para su manutención, pues la había criado. Ella sabía que la señora le tenía guardado a mi madre dinero para que lo compartiese entre todos sus hijos si ella muriese. Y yo, como mayor de todos, debía de echar a andar esto. Con tal aviso, cuando pasados algunos días más, aguijado sin cesar por esta mujer, determiné a hablar con mi señora por segunda vez, lleno de las más halagüeñas esperanzas.

Cuál sería mi asombro cuando, incómoda, me respondió mi

señora, “¿Estás muy apurado por la herencia? ¿No sabes que soy heredera forzosa de mis esclavos?”⁴⁴ En cuanto vuelvas a hablar de la herencia te pongo donde no veas el sol ni la luna. Marcha a limpiar las caobas.”

Esta escena pasó en la sala del señor don Félix Quintero, serían las once de la mañana. Al día siguiente manifesté a Rosa lo que había pasado. No me acuerdo de todo lo que dijo, sólo que todas sus duras expresiones iban a caer sobre las cenizas de mi pobre madre.

De allí a dos días, eran algo más de las doce cuando apareció, pidió permiso para hablar a mi señora y cuando se le concedió estuvo con ella largo rato. Yo estaba en la despensa que estaba frente a la puerta de la calle haciendo qué sé yo qué, cuando entró la Rosa. Me dijo que fuera por su casa cuando tuviese ocasión. La hice esperar y le di dos de las tres manillas quedándome con una. También le di todos los pedazos de rosarios y un relicario que dicen que en su tiempo no se conseguía ni por una onza. Era grande, guarnecido de cordones de oro, láminas del mismo metal y el divino rostro de Jesús estaba en el medio. Era muy abultado y tenía como dos cuartas de una cadenita muy curiosamente trabajada todo de oro. La envolvió bien, mas estando para partir, mi ama, que no me perdía nunca de vista, se acercó a nosotros y manifestándole no era de su agrado tuviese aquella familiaridad conmigo ni con ninguno de sus esclavos, se concluyó con que ella no volvería a poner sus pies en casa.

Por lo que toca a mí, desde el momento en que perdí la halagüeña ilusión de mi esperanza ya no era un esclavo fiel. Me convertí de manso cordero en la criatura más despreciable. No quería ver a nadie que me hablase sobre esta materia. Quisiera

44 Fernando Ortiz en *Los negros esclavos*, cita a la Condesa de Merlín, quien observa que “aunque el esclavo posee el derecho de propiedad, a su muerte sus bienes pertenecen a su amo”. Pero la condesa agrega esta nota benévola: “pero si deja hijos nunca el propietario de Cuba se aprovecha de esta herencia (p. 315).

haber tenido alas para desaparecer trasplantándome a La Habana. Se me embotaron todos los sentimientos de gratitud y sólo meditaba en mi fuga.

Pasados algunos días vendí a un platero la manilla. Me dio siete pesos y algunos reales por ella. Y en la noche cuando dejé a mi ama en casa de los señores Gómez le llevé los pesos al padre coadjutor para misas por mi madre. Los reales fueron para velas para las ánimas. No tardó mucho tiempo mi señora en saber por el mismo padre que había mandado decir tantas misas. Me preguntó de dónde tenía ese dinero. Mas como lo que yo menos apreciaba por entonces era vivir, le dije sin rodeos que había vendido una manilla. Quiso saber a quién, mas como di palabra al platero de no decirlo, me sostuve diciendo que a uno que no conocía. “Pues ahora sabrás para qué naciste,” me dijo. “Tú no puedes disponer de nada sin mi consentimiento.” Fui preso al Molino. Ya era ésta la tercera vez.

Me preguntó don Saturnino lo que había. Se lo dije todo con enfado. La desesperación había ocupado el lugar de todos mis sentimientos. Mi madre era lo único que allí tenía y ésa no existía. Mis lágrimas corrían en abundancia mientras contaba a don Saturnino la distribución del dinero. Me mandó desatar y me mandó para su cocina encargándome no saliese de allí. Me daba de lo que él comía y dormía en el pesebre de los caballos. Me enseñó la carta de recomendación y a la verdad que me hubiera pesado toda la vida la licencia que me tomé.

Pero yo, criado en la oscuridad de tanta ignorancia, ¿qué podía saber? Al cabo de ocho o diez días me llamó y me hizo poner unas prisiones porque venía la señora a almorzar al día siguiente. Me mandó al campo encargándome si me preguntaban si había sufrido azotes que dijese que sí.

A las nueve poco más o menos recibió orden el contramayoral de enviarme para la casa de vivienda. Me resistí a ir, pero amenazado con dureza tuve por buen partido obedecer al administrador que me recibió con una muda de ropa fina de color, eso

es pantalones y chupa que vestí. Cuando le fui a entregar aquellos andrajosos despojos me dijo con cierto aire de firmeza estas palabras que me aterraron, “¿Sabes lo que te digo? En menos de dos meses has venido a mi poder en tres ocasiones y nada te ha sucedido. Pon los medios para no volver más porque te llevan los demonios. Anda que la señora te espera. Anda y cuidado.”

Este señor, de nacionalidad gallega, era de genio vivo y duro de carácter. Era joven, como de 25 a 28 años y tanto los del campo como los de la casa de vivienda le temían en sumo grado; pues no sólo yo andaba en estos vaivenes.

Cuando llegué a los pies de mi señora me postré y pedí perdón de mi falta. Me mandó sentar en el comedor y acabando de almorzar me mandó un abundante plato que yo no probé. Mi corazón ya no era bueno y La Habana, juntamente con los felices días que en ella gocé, estaban impresos en mi alma. Yo sólo deseaba verme en ella. Notó mi señora el caso que había hecho de la comida y no dejó de maravillarse de que no me alegrase el corazón un buen plato.

Es de admirarse que mi señora no pudiese estar sin mí 10 días seguidos. Así era que mis prisiones jamás pasaban de 11 a 12 días. Siempre me pintaba como el más malo de todos los nacidos en el Molino, de donde decía que era yo criollo. Esto era otro género de mortificación que yo tenía. La amaba a pesar de la dureza con que me trataba. Yo sabía muy bien que estaba bautizado en La Habana.

Otra vez en el pueblo no sé por qué me trata entonces con dulzura. Yo nunca podré olvidar que le debo muchos buenos ratos y una muy distinguida educación. Me mandaba a pasear por la tarde. Sabía que me gustaba la pesca y me mandaba a pescar. Si había maroma ⁴⁵ también. Por las noches, se ponía en casa de las señoras Gómez la manigua ⁴⁶ que luego fue monte, y yo debía al

45 Función de volatines.

46 El juego del Monte en pequeño, en casa y personas de confianza, impro-

momento que se sentaba pararme al espaldar de la silla con los codos abiertos cuidando así que los de pie no se le echasen encima o rozasen con el brazo sus orejas. Cuando acababa, que era por lo regular a las doce o a la una, si ganaba llevaba yo el taquillo para la casa. Cuando llegaba, al recibirlo, metía la mano y cuanto cogía lo daba sin contar.

Le sirvió de mucho asombro y contento cuando me vio haciendo un pantalón por mi cuenta. Lo cosía para el maestro Luna, que tenía su tienda en la casilla que estaba en la plazuela junto a la iglesia. Esta habilidad la aprendí por mí mismo, observando cómo eran los otros pantalones, pues no sabía yo más que costurar túnicas, camisones y guarniciones.

Desde que me llené o me llenaron de la idea de que sería libre pronto, traté de llenarme de muchas habilidades. Ya era repostero y sacaba de mi cabeza muchas ideas a las que favorecía la idea de dibujo que adquirí con los diferentes maestros que enseñaban a los niños. En mis ratos ociosos, que eran pocos, inventaba doblones en pedacitos de papel y luego eran una curiosa servilleta. La flor, la piña, la concha, la charretera, el abanico y otras de menos gracia, son fruto de mis ratos perdidos con ellas. Han lucido algún tiempo y otras lucen aún.

Tenía yo desde bien chico la costumbre de leer cuanto era leíble en mi idioma y cuando iba por la calle siempre andaba recogiendo pedacitos de papel impreso y si estaba en verso hasta no aprenderlo todo de memoria no rezaba.

Así sabía la vida de todos los santos más milagrosos y los versos de sus rezos, los de la novena de San Antonio,⁴⁷ los del trisagio,⁴⁸ en fin todos los de santos, porque eran los que alcanzaban la mesa de mi señora. En los días de comida, que eran casi diarios, la coronaban regularmente tres o cuatro poetas improvisadores,

visado y sin ceremonias. (Pichardo novísimo).

47 Rezo dedicado a San Antonio que se practica durante nueve días seguidos.

48 Himno en honor a la Santísima Trinidad, en el cual se repite tres veces la palabra “santo”.

los que al concluirse la comida me dejaban bastantes versos. Tenía mi cáscara de huevos y mi pluma y apenas acababan mientras otros aplaudían y otros rebosaban la copa, yo detrás de alguna puerta copiaba los trozos que me quedaban en la memoria. Cuando mi ama dulcificó su genio conmigo, yo dejé insensiblemente cierta dureza de corazón que había adquirido desde la última vez que me condenó a la cadena y al trabajo.

Como perseveró en no ponerme ni mandarme poner la mano, había olvidado todo lo pasado y la amaba como a madre. No me gustaba oír a los criados motejarla y hubiera acusado a muchos si no me constase que el que iba con un cuento era quien la ofendía. Uno lo hizo donde ella no lo oyó, y el que se lo decía se valía de este medio para molestarla, máxima que le oí repetir muchas veces.

Yo estaba como nunca bien mirado y nada echaba de menos. Me hacía el cargo de que era libre ya, y que se esperaba que supiese trabajar y tuviera edad competente para recibirla.⁴⁹ Esto me hizo internarme tanto en ciertas artes mecánicas y lucrativas que si hoy lo fuera no me faltaría ni digo qué comer sino qué tener.

En esta época escribí muchos cuadernos de décimas de pie forzado que vendía. Arriaza, a quien tenía de memoria, era mi guía. La poesía, sin embargo, requiere un objeto a quien dedicarse. El amor regularmente nos inspira. Yo era demasiado inocente y todavía no amaba; por consiguiente, mis composiciones eran frías imitaciones.

Al cabo de tres o cuatro meses de mi último acontecimiento, se armó viaje a Madruga, donde debía mi señora tomar baños. Fuimos en efecto. Con sus males tomó mi señora su antiguo mal humor. Se me echaba en rostro sin cesar la libertad que tomé de disponer de aquellas prendas, habiendo menores que eran en número de cinco,⁵⁰ reputando esto un hurto por mi parte. “Vaya

49 Es decir, recibir la libertad.

50 Es decir, cinco hermanos.

a ver en qué manos se pondría la herencia y bienes de los otros, para que lo jugase todo en cuatro días.” Sin cesar se me amenazaba con el Molino y don Saturnino. Las últimas expresiones de éste estaban grabadas en mi corazón y yo no tenía la menor gana de volverme a ver con él.

Pregunté cuántas leguas distaba de allí La Habana y supe que doce. Hallé que no las podría vencer en una noche de camino a pie y desistí de pensar más en verme en La Habana. Esperaba que cuando fuese allá mi suerte se decidiría, siempre con la idea de ser libre.

Un día, este día de resignación, principio de cuantos bienes y males el mundo me ha dado a probar, es como sigue. Era sábado. Debía, antes del almuerzo, según teníamos de costumbre, asearme ya que vestía dos veces a la semana. Para ello me fui al baño de la paila que estaba al frente de la casa en un declive a unos treinta pasos. Estando bañándome me llamaron por orden de la señora. Ya se puede considerar cómo saldría. Me recibió preguntando qué hacía en el baño. Le contesté que me aseaba para vestir. “¿Con qué licencia lo has hecho?” “Con ninguna,” contesté. “¿Y por qué fuiste?” “Para asearme.”

Esta escena fue en el comedero⁵¹ o colgadizo de la puerta de calle. Allí mismo mis narices se rompieron y fui para adentro echando dos venas de sangre. Esto me apesadumbró y abochornó, pues a la otra puerta vivía una mulatica de mi edad primera que me inspiró una cosa que yo no conocía. Era una inclinación angelical, un amor como si fuera mi hermana. Yo le regalaba sartas de maravillas de colores⁵² que ella recibía dándome algún dulce seco o fruta. Yo le había dicho que era

51 El original dice en “el comedor o colgadizo poeta de calle”. El “comedero” es el parage de una hacienda de crianza donde se acostumbra comer o pastar un trozo de ganado o muchos. Cada comedero suele tener su nombre particular (Pichardo novísimo).

52 *Mirabilis jalapa*: planta originaria del Perú, con la flor de diversos colores, que luce por la tarde.

libre y que mi madre había muerto hacía poco.

No bastó lo dicho. Como a las diez me hizo mi ama quitar los zapatos y me pelaron. Aunque esto era muy frecuente, esta vez me sirvió de la mayor mortificación.

Me hizo tomar un barril y me mandó cargase agua para la casa. El arroyo distaba del frente de la casa unos treinta pasos y hacía una bajadita. Cuando llené mi barril me hallé en la necesidad no sólo de vaciarle la mitad, sino también de suplicar a uno que pasaba que me ayudase a echarlo al hombro.

Cuando subía la lomita que había hasta la casa, con el peso del barril y mis fuerzas nada ejercitadas, se me faltó un pie y caí dando en tierra con una rodilla. El barril cayó algo más adelante y rodando me dio en el pecho. Los dos fuimos a parar al arroyo. El barril se inutilizó y se me amenazó con el Molino y don Saturnino a quien yo temía. Se suponía aquel suceso como de premeditada intención, y la amenaza era grave. No llegué a la noche sin desgarrar muchos esputos de sangre.

Este tratamiento me mostró de nuevo los errados cálculos que había formado de mi suerte.

Desengañado de que todo era un sueño y que mi padecer se renovaba, me acometió de nuevo la idea de que tenía que verme en La Habana. Al día siguiente, que era domingo, cuando la gente estaba en misa, me llamó un criado libre de la casa y estando a solas con él me dijo, “Hombre, ¿qué, tú no tienes vergüenza de estar pasando tantos trabajos? Cualquier negro bozal está mejor tratado que tú. Un mulatico fino, con tantas habilidades como tú al momento hallará quien lo compre.”

Por este estilo me habló mucho rato concluyendo con decirme que si llegaba al tribunal del capitán general y hacía un puntual relato de todo lo que me pasaba, podía salir libre. Me insinuó el camino que de allí venía a La Habana, diciéndome que aprovechara la primera oportunidad y que no fuera bobo. Esto me afligió muchísimo, pues si al menor aviso temía más de lo regular, cuanto más temería con las terribles insinuaciones que me

hizo y que no ponga aquí por demasiado impertinentes.

Eran las once de la mañana del día lunes cuando vi llegar a don Saturnino. Se apeó y le tomaron el caballo. Desde el momento en que este señor entró se me acibaró toda la vida. El corazón me latía con incesante agitación y mi sangre toda en un estado de efervescencia no me dejaba sosegar.

Regularmente el lugar común de meditación era mi cuarto. Mientras estaba en él pensaba en alguna cosa con sosiego. Así, estando en él, como a las cuatro, oí que hablaban dos, una hembra y otro criado. Esta era de manos y preguntando aquél a qué vendría el administrador, ésta respondió con viveza, “¿A qué ha de venir? A llevarse a Juan Francisco.” Me compadeció aquello y yo quedé enterado de mi mala suerte.

No me es dado pintar mi situación amarguísima en este instante. Un temblor general cundió por todo mi cuerpo y me atacó un dolor de cabeza. Apenas me podía valer. Ya me veía atravesando el pueblo de Madruga como un facineroso, atado pelado y vestido de cañamazo cual me vi en Matanzas, sacado de la cárcel pública para ser conducido al Molino.

Recordando las últimas amonestaciones del ya citado don Saturnino, me veía en el Molino sin padres en él, ni aun pariente y en una palabra, mulato entre negros. Mi padre era algo altivo y nunca permitió no sólo corrillos en su casa sino que ninguno de sus hijos jugasen con los negritos de la hacienda. Mi madre vivía con él y sus hijos, por lo que no éramos muy bien queridos.

Todo esto se me presentó a mi alborotada imaginación y en aquel momento determiné mi fuga.

El que me había insinuado el partido que debía de tomar como favorable, a eso de las cinco de la tarde me dijo, “Hombre, saca ese caballo de allí y ponlo allá para que esté al fresco. Allí estará haciendo ruido y despertarán los amos cuando lo vayas a coger para don Saturnino.” Al decirme esto me entregó también las espuelas y agregó, “Allí está la silla sin pistolera. Tú sabrás dónde está todo para cuando se necesite.” Una mirada suya me

convenció) de que me hablaba para que aprovechara este momento.

Él siempre fue así, muy llevado con mi padre y trataba a mi madre con algún respeto aún después de viuda. No estaba yo con todo esto lo bastante resuelto. Consideraba que dejaba a mis hermanos en el Molino y que tenía que andar toda una noche solo por caminos desconocidos y expuesto a caer en manos de algún comisionado.⁵³

Cuál sería mi sorpresa cuando acabando de cenar, y estando yo sentado a solas sobre un trozo meditando si me determinaría o no, vi que don Saturnino se llegaba a mí y me preguntó dónde dormía. Le señalé sobre una barbacoa, pero esto acabó de echar el resto a mi resolución. Tal vez sin esta pregunta no me hubiera determinado nunca ya que yo era muy miedoso. Bien pudo haber sido hecha esta pregunta con toda ignorancia y que todo fuesen habladurías de criados y que todo variase a la hora como en otras ocasiones. Sin embargo, yo no pude recibirla sino como de muy mal anuncio en vista de lo que estaba ya en mi conocimiento. Así determiné partir a todo riesgo.

Pensé en la mala suerte de un tío mío que habiendo tomado igual determinación para irse de donde el Sr. don Nicolás, Sr. don Manuel y el señor Marqués, fue traído como todo un cimarrón. Sin embargo, estaba resuelto a echar una suerte y padecer. Con este motivo velé hasta más de las doce. Aquella noche se recogieron todos temprano por ser noche de invierno y estar algo lluviosa. Ensilé el caballo por primera vez en mi vida. Le puse el freno, pero con tal temblor que no atinaba a derechas con lo que hacía. Acabada esta diligencia me puse de rodillas, me encomendé a los santos de mi devoción, puse el sombrero y monté.

Cuando iba a andar para retirarme de la casa oí una voz que me

53 El esclavo no tenía el derecho de alejarse de la propiedad de su amo sin su permiso en forma escrita.

dijo, “Dios te lleve con bien. Arrea duro.” Yo creía que nadie me veía y todos me observaban, pero ninguno se me opuso como supe después. Lo que me sucedió luego lo veremos en la segunda parte que sigue a esta historia.



POSTFACIO

Este es el único testimonio escrito por un esclavo cubano en su época. La *Autobiografía de un esclavo* cuenta la dificultad, dolor y complejidad emocional de la vida en esclavitud en los 1800. La primera parte de la autobiografía fue publicada en Europa en 1840, pero no por entero. En Cuba sólo se editó un siglo después, en 1937. La segunda parte del manuscrito se perdió antes de ser publicada. Manzano escribió poesía y otros textos mientras era esclavo, mayormente a escondidas de sus amos. Su vida terminó después de un tiempo sin escribir más, probablemente debido a su depresión y la vida dura que tuvo que arrastrar después de ganar su libertad.

Históricamente, *Autobiografía* es un pedazo substancial de la vista del periodo. En términos de cultura, Manzano da explicaciones de la vida cotidiana de la clase alta cubana y sus costumbres, tales como su vestimento, hábitos religiosos y cortejo. Manzano es un buen ejemplo de la desigualdad entre los esclavos, siendo parte de la clase “privilegiada” al principio de su vida, pero después sufre castigos injustos y brutales por periodos largos. Hijo de una esclava criolla “de distinción,” el joven Juan Francisco disfruta de una niñez en la casa de sus amos, muchas veces al lado de ellos y de sus hijos. Explica en detalle la simpatía de su primera ama, la Señora doña Beatriz de Justiz. Su relación íntima con su ama desde bebé conllevó la separación de su familia. “Dicen que más estaba yo en sus brazos que en los de mi madre”. Las explicaciones permiten al lector entender un poco los efectos psicológicos tan complejos en la relación esclavo-amo y la idea de familia, lealtad e identidad personal. El lector ve la confusión mental del niño, creciendo como esclavo, pero a veces viéndose como una persona valorada por los españoles.

Aún después de la muerte de su primera ama querida, y después

de sufrir bastante a manos de sus otros amos, Manzano experimenta “cierto orgullito en saber cumplir con mis obligaciones”, y le agrada servir. Su habilidad de recitar décimas, poemas y sermones desde una edad joven es una fuente de entretenimiento de algunos de sus dueños, y le permite beneficiarse a escondidas de los estudios de sus amos para seguir aprendiendo durante sus años de servicio. Este sentimiento de orgullo por sus habilidades añade a la esperanza de Manzano, porque empieza a ver el valor de tener habilidades variadas para cuando esté libre. Entre ellas la de leer y escribir. Estas herramientas le permiten empezar a expresarse y a compartir sus versos, y eventualmente, a escribir su autobiografía.

La narración no va siempre en orden cronológico, y hay lapsos de años que Manzano no relata, sino que los sobrepasa diciendo, “...pasando este tiempo con otra multitud de sufrimientos semejantes...”. Parece que el autor no quiere compartir, o tal vez no recuerda, todo el maltrato que sufrió a manos de sus amos. A veces Manzano padece de depresión incapacitante, debido al tratamiento brutal y violento, la separación de su familia, y por su esperanza de tener la vida libre que merece. Por fin, las amenazas y la usurpación de su herencia por su ama causan que Manzano decida arriesgarse la vida y escaparse para ganar su libertad.



Biblioteca Libre
OMEGALFA
Diciembre
2018
Ω